GALERIA DRAMATICA

Y

CENTRO DE ADMINISTRACION,

COMPRENDIENDO

LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ESPAÑOL Y ESTRANGERO.

DE

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid.
Editor propietario M. P. Delgado.
CALLE DE JESUS Y MARIA, n.° 4.

CATÁLOGO DE LAS OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE ESTA GALERÍA, *publicadas hasta 1.º de Enero de 1876.*

Abadía de Castro.—Abuelito —Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar c
Accion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra ca
Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hecho pe
fonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante prestado.—
de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo mártir.—Amo criad
de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y amistad.—Amor
agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio Perez.—Apoteosis
ron.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A rio revuelto.—Arte de conspirar.
hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquetas.—A un cob
mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.—Anillo de la duquesa.—Arte por el
Amores á nieve.—Amar sin dejarse amar.—Antaño y ogaño.—Acuerdo munici
dujar.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bár
berg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América
tuecas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borras
razon.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cual
zon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de
Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Cárlos II el hechizado.—Cárl
frin —Casada, vírgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamie
noche —Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de S. Alberto.—Casualid
talina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la cieguecita.—Celos
fundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revolucio
bradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegialas de Saint-Cyr.—Colon y el judío
Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde don Ju
juracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Contigo pan
Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, 1.ª pa
del Buen Retiro, 2.ª parte.—Corte de Cárlos II.—Cortesanos de don Juan II.—Crisol de l
Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwell.—Cruz de oro.—
acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidado con la
Cuñada.—Cuna no dá nobleza.—Celos de un alma noble.—Caja de plata.—Corazon
ro.—Celos de Mateo, *zarzuela*.—Calderon.—Carta y guarda pelo.—Cenicienta.—
Ubeda.—Cortesanos de chaqueta.—Cuadros al fresco.—Clavo ardiendo.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—
do.—Desengaño en un sueño.—Detrás de la cruz el diablo.—De un apuro otro may
Cojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Di
ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces.—Dómine consejero.—Don Al
na.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Ante
Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—D
norio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el d
Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña M
na.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casadera
tores —Dos coronas.—Dos válidos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres
ja.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—
compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba —Duquesita.—Dote de María.—
sin palo.—Duende del meson, *zarzuela*.—De España á Francia.—D. Quijote.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio
casa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotro
Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—En
verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del coraz
ra de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los p
Escuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Español
do.—Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un ban
pidez y ambicion.—Escomulgado.—El diablo está en todas partes.—En palacio y
Escenas del siglo de las luces.—Espulsion de los jesuitas.—Escuela de las amigas
de un delito.—En todas partes hay de todo.—Entre dos mundos.—Encapuch
dirán y el qué se me da á mí.

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvi
tico por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad —Felipe.—Felipe el Hermo
Mairena.—Fernan-Gonzalez, 1.ª parte.—Fernan-Gonzalez, 2.ª parte.—Finezas con
Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fortun
de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de boda sin
peranza y osadía.

ENTRE CLERIGOS Y DIABLOS

ó

EL ENCAPUCHADO.

ENTRE CLERIGOS Y DIABLOS.

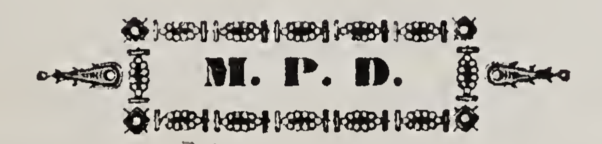
PARTIDA EN TRES JUGADAS,

PUESTA EN ACCION

POR

DON JOSÉ ZORRILLA.

Estrenada con brillantísimo éxito en el Teatro Principal de Barcelona la noche del 19 de Marzo de 1870.



MADRID.

IMPRENTA DE D. P. LOPEZ,
Cava-Baja, 19, bajo.
Marzo, 1870.

PERSONAGES. ACTORES.

EL ENCAPUCHADO. .	*D. Leopoldo Buron.*
DOÑA ANA. . . .	*D.ª Carolina Gilli.*
JUAN FERNANDEZ. .	*D. Manuel Calvo.*
EL CAPITAN. . . .	*D. Domingo García.*
MALUENDA. . . .	*D. José Alverá.*
MARIPOSA. . . .	*D.ª Eloisa Baena de Buron.*
JUAN DE COLONIA. .	*D. Manuel Arcas.*
RECOVECO. . . .	*D. José Barta.*

La accion pasa en Burgos, en el siglo XV, á principios del reinado de los Reyes Católicos, Don Fernando y Doña Isabel.

En donde dice Capítulo 1.º, 2.º y 3.º como encabezamiento de los actos, deberá leerse Jugada 1.ª, 2.ª y 3.ª

AL SR. D. JULIAN GARCIA,

PREBENDADO DE LA CATEDRAL DE BURGOS.

Al volver á España despues de veinte años de ausencia, venia sólo á despedirme de mi patria, creyéndome obligado á morir en tierra estraña, por razones que usted conoce y que nada importan á los demás; pero la Providencia ordenó las cosas de modo que hoy espero que me coja la muerte en tierra Española y entre los mios, por lo cual doy á Dios infinitas gracias.

Mi primer afan al volver fué abrazar á usted: despues visitar los lugares santificados para mí por haber dejado mi madre en ellos sus huellas. Me detuve un año en esa provincia de Burgos; y entre los recuerdos desenterrados por mí en este tiempo de entre los monumentos y escombros Burgaleses, estaba la tradicion del prebendado Lope de Rojas.

Apremiado por un empresario de Barcelona y un actor de Madrid, he puesto en accion la leyenda de aquel novelesco personage; y á usted le dedico esta primera produccion de mi casi agotado ingenio, con la cual vuelvo á entrar en el palenque literario.

Se la dedico á usted como ofrenda de gratitud por

los servicios que le debe mi casa, y especialmente mi madre, y porque le tengo á usted como padre desde la muerte de los mios.

No se la he dedicado á la ciudad de Burgos, porque la dedico un poema del Cid que estoy concluyendo; y porque siendo esta obra de tan poco valor no puede aspirar á ser mas que una ofrenda de familia.

Como verá usted es una de las mas incorrectas é incompletas que han salido de mi pluma.

Es incorrecta, porque habia perdido la costumbre de dialogar, en veinticinco años que he vivido alejado de los teatros: y porque estando para concluir la temporada cómica, se han estudiado los dos primeros actos mientras acababa el tercero, y no he tenido tiempo de corregir.

Es incompleta, porque consideraciones de actualidad hacen que el tercer acto no sea ni el verdadero desenlace de la tradicion, ni el que yo tenia pensado para final de ella al darla la forma teatral; pero he preferido arriesgarme á perder el poco crédito literario que me queda con un tercer acto malo, á rozarme con la política, por la cual he sentido siempre y siento hoy mas que nunca una profundísima aversion.

Por esta misma causa se ha anunciado esta obra con dos diferentes títulos.

El que lleva «Entre Clérigos y Diablos, partida en tres jugadas puesta en accion,» *es el que la convenia, si el último acto ó jugada fuera el que debia ser el de* «El Encapuchado, leyenda en tres capítulos puesta en accion,» *es el que mas legítimamente la pertenece, al ponerla en escena como comedia.*

Pero el primero les place mas á los empresarios para llamar la atencion; y yo le he restablecido á sus ruegos, porque no temo que nadie que tenga sentido co

mun y haya leido mis poesías religiosas, pueda atribuirme la mas mínima intencion política de zaherir á una clase respetable de la sociedad.

De las calumnias vulgares ó absurdas no me ocupo nunca: á mas de que las reputaciones de nuestro siglo se basan en la calumnia y en el absurdo: sinó, ni crecen ni se sostienen.

Esta obra mia no es mas que un juguete: ni puede aspirar á mas éxito que al de pasar sin ser desairada, ni la he escrito con otra pretension que la de entretener dos horas al público. Es una tela de no mal ver, mas de trama débil, que no puede resistir la inspeccion del lente de una crítica justa é imparcial; pero es de una estofa, que no está tramada con los groseros hilos de esa jerga de aljofifar, con que alfombra hoy los tablados de nuestros teatros, la desvergüenza del género bufo y cancanesco importado de los lupanares de París.

Recíbala usted pues como recuerdo de la gratitud y de la amistad de

JOSÉ ZORRILLA.

Barcelona 19 de Marzo de 1870.

CAPITULO PRIMERO.

Corredor del piso principal de una casa solariega del siglo XIV. A la derecha un cancel que dá sobre la escalera, á cuyo pié está la puerta de la calle, la cual se abre desde arriba con un cordon que no se ve. A la izquierda, la puerta que dá á los aposentos del prebendado Maluenda y de Juan Fernandez. El fondo está formado por una fábrica maciza y un rompimiento, divididos por un grueso pilar ó torreoncillo estribero, en que apoya la parte maciza, que es la de la izquierda; y del cual arranca el arco del rompimiento de la derecha. En la parta maciza, está la puerta de la habitacion de doña Ana. El rompimiento es simplemente un arco con balaustrada ó un ajimez practicable. En el pilar ó estribo, que divide este rompimiento y fábrica maciza, hay un retablo ó nicho con un San Miguel con el diablo á los pies: y en la repisa del retablo, arde una lámpara, encajada, no colgada. Se supone que en el ángulo interior é invisible, formado por los aposentos de doña Ana, que están en la parte maciza, y la línea del rompimiento que continúa sosteniendo la escalera hasta la puerta de la calle, hay un huerto ó jardinillo, cuyo postigo está en la cerca que continuando el frontis de la casa, es una de las paredes que forman la calle.

ESCENA PRIMERA.

RECOVECO, *que aparece mirando por el arco que dá al jardin, dando la espalda al público. Luego* MARIPOSA. *Al levantarse el telon, se oyen repique de campanas, ruido de panderos, zambombas y tamboriles: algazara y gritos de:* Viva Don Fernando! Viva Doña Isabel! Muera la Beltraneja y afuera los portugueses! *Una voz canta.*

Canto.

Burgos es hoy un altar
y están por santos en él,

debajo la Beltraneja
y encima doña Isabel:
porque las dos para Burgos
son el diablo y san Miguel;
el diablo la Beltraneja,
y el ángel doña Isabel.

(*Vivas, gritos, etc., durante los cuales Recoveco de pechos en la balaustrada, parece ocupad en oir y mirar lo que pasa afuera. A sus pies tiene una linterna encendida. Las campanas ce san: los gritos se alejan y dice Recoveco poniéndose en escena.*)

Recov. Ya espera él. Si esa maldita
no irá por fin á la iglesia?

(*Vá de puntillas á mirar por el ojo de la cerradura del aposento de doña Ana, fondo izquierda*)

Tiene luz en la antecámara.
Allí está... Vaya, se apresta
para irse... está acomodándose
el rebozo en la cabeza.
Toma la lámpara... bueno!
Me desvío de la puerta
y me hago el desentendido,
no vaya á entrar en sospecha.

(*Vuelve á colocarse en el antepecho del rompimiento, como cuando apareció.*)

Mariposa. (*Sale.*) Qué hará aquí este redomado,
de mi san Miguel tan cerca?
Ola! Ahí estais, Recoveco?
Qué haceis aquí?

Recov. Tengo cuenta
con la casa.

Marip. Qué, estais solo?

Recov. Y solo y en Noche buena;
y en un tiempo tan revuelto
es prudente estar alerta.

Marip. Cumplís vuestra obligacion.

Recov. Debo al que paga obediencia.

Marip. Y os lo mandó el prebendado?
Recov. Al irse para la iglesia,
con doña Ana y maese Juan.
No os dijo á vos que allá fuerais?
Marip. Y allá voy: mas las campanas
acaban de hacer la seña.
Recov. Es que cuando ellas acaban
es cuando el oficio empieza.
Marip. Aun tengo tiempo de dar
aquí una mano. Qué idea

(Desde aquí hasta el fin de la escena, Mariposa arregla su lámpara; recorta la mecha con las tijeras que trae en la cintura, etc., sirviéndose para ello de un taburete, volviendo á encender la lámpara, en la luz que trae.)

la de ir á misa del gallo
con esta noche.
Recov. Pudiera
suceder muy bien que no haya
mas que vosotros en ella.
Marip. Pues qué hay?
Recov. Que se circunvala
el castillo con trincheras
mañana; para lo cual
esta misma noche llega
don Alonso de Aragon
con sus gentes, y se espera
que intenten algun arrojo
los del castillo.
Marip. Para esas
deben ya de estar los pobres!
Puede que ya no se tengan
en pié de hambre.
Recov. Por lo mismo...
para procurarse cena
puede que el encapuchado
salga á dar una carrera.
Marip. Tambien vos creeis en tantos

milagros como le cuelgan
á ese pobre encapuchado?

Recov. Sabeis que anoche en la puerta
del puente, con unos cuantos
encapuchados que lleva,
sorprendió á esos almogávares
de las corazas? y que esa
es gente brava! La habeis
visto?

Marip. No por cierto.

Recov. Vedla
cuando pase á dar la guardia:
es una milicia nueva
que usa nada mas coraza
sin brazales y sin grevas;
que lidia á pié y á caballo,
y que manda por la reina
un capitan burgalés.

Marip. Bah! qué es lo que me interesan
á mí los de las corazas,
ni qué entiendo yo de grevas
ni de brazales?

Recov. Es cierto.
Vos tirásteis por la iglesia,
y de la gente de tropa
no os curais. Yo os hablé de esta,
que es la mejor, porque viéseis
hasta dónde el valor llega
de ese audaz encapuchado.

Marip. Cómo es posible que quepa
tanto brío en solo un hombre?

Recov. Los hay que valen por treinta:
y éste, con nueve que tiene
con él para sus empresas,
parece que tiene nueve
demonios que le protejan.
Y hay quien lo cree!...

Marip. Lo que creo

que tiene son dos muñecas
de hierro, y un corazon
como no hay hoy muchos.

Recov. Muestras
me vais dando, Mariposa,
de ser algo Beltraneja.

Marip. Y vos de tener buen miedo
al encapuchado, pruebas.

Recov. Fuera así, y no fuera estraño:
ya no soy hombre de guerra,
y hoy al servicio de un clérigo
llevo una vida mas quieta
y mas santa!

Marip. En cuanto á santa
que baje Dios y la vea.
Se os sale lo de soldado
por cima de la melena
y manchais la nueva vida,
con las mañas de la vieja.

Recov. Con cuáles? Por agradaros
las corregiré.

Marip. Una es esa:
no podeis una palabra,
que un chicoleo no sea,
dirigir á las mujeres!
De dónde sois?

Recov. De Azuqueca.

Marip. Y dónde está eso?

Recov. En la Alcarria.

Marip. Mucha miel parece que echan
en la papilla á los chicos
las nodrizas alcarreñas.

Recov. Por qué?

Marip. Porque son muy dulces
las palabras que babea
vuestra boca, y están ágrias
para vos las burgalesas.

Recov. Las hay que en el dulce pican

como moscas de colmena.

Marip. Las que piquen estarán
picadas; porque las buenas
no comen miel porque temen
que se las piquen las muelas.

Recov. Las que hagan ascos al dulce
de las mieles alcarreñas,
tendrán hecho el paladar
á escaramojos y á gervas.

Marip. Con escaramojos y honra
en Burgos nos alimentan
los que á quien se nos atreve
agarran por las orejas.

Recov. Son perros los burgaleses?

Marip. No: pero agarran por ellas,
á los que buscan la caza.

Recov. Para qué?

Marip. Pues para vérsela.

Recov. Pues no traen orejas ellos?

Marip. Sí: pero las traen cubiertas
con las capuchas de noche.

Recov. Ay Dios!... cómo capuchean
las buenas mozas de Burgos!

Marip. Como aquí hace frio y nieva
se encapuchan contra el viento
de hácia Aragon.

Recov. Ay! si llegan
á saber los del infante
que tanto en capuchas piensan
las muchachas, hoy en Burgos!

Marip. Ay de aquel por quien lo sepan!
siempre habrá un encapuchado
que les arranque la lengua.
Guardad la vuestra.

Recov. La mia
no tendrá nunca tal pena;
porque no dirá de vos
mas que elogios y halagüeñas

galanterías.
Marip. Guardáoslas
para otra que guste de ellas.
Recov. Si no son de vuestro gusto
por qué os estais aquí oyéndolas?
No me habeis vos dirigido
la palabra, la primera?
No llevais aquí perdida
de vuestra misa la media
hablando conmigo?
Marip. Cómo,
señor Recoveco, os ciega
la vanidad á los hombres!
No habeis visto en mas de treinta
dias que há que estais en casa,
que soy yo quien adereza
este nicho, cuya lámpara
mantener con luz perpétua
entra en mis obligaciones?
Y no veis que de no haberla
despavilado antes de irme,
humëaria la mecha,
y me riñeran los amos
cuando al volver lo advirtieran?
Y no sabeis ademas
que aunque obligacion no fuera
mia, me la hubiera impuesto
yo misma por mi sincéra
devocion á san Miguel?
Recov. Y esa devocion estrema
á san Miguel me ha chocado.
Marip. Si me llamo Micaela!
Recov. Por qué os llaman Mariposa?
Marip. Por que me gustó dar vueltas,
desde niña, ante las luces.
Recov. Y á quién encendeis ahí, esa...
á san Miguel ó á su diablo?
Marip. No faltará quien encienda

luz á los dos, por si aquel
se duerme, y luzbel se suelta;
mas la mia solo alumbra
al Santo, porque en tinieblas
tiene aquí al diablo, teniéndole
bajo del pié la cabeza.
Pero á la cuestion volviendo,
porque la cuestion no era esta;
y yo aunque soy mariposa,
en mis vueltas y revueltas
no pierdo nunca mi luz.

Recov. Volved: pero tened cuenta
con no quemaros. Deciais...

Marip. Deciaos que como entra
en mi obligacion cuidar
de que esta luz sea perpétua
para que alumbre de noche
el corredor y escalera,
no por platicar con vos
si no por ser mi faena,
me paré á hacerla; y ahora
que veis que la tengo hecha,
quiero advertirle antes de irme,
para que desde hoy lo sepa,
que yo soy de condicion
de que cuando hago una hacienda
con las manos, ayudármelas
necesito con la lengua.
Conque ya veis que si he entrado
en plática la primera,
no fué por hablar con vos;
porque si ahí no estuviérais,
yo con san Miguel ó el diablo,
tenido que hablar hubiera.
Conque ahora que he concluido,
adios, que os guarde para hembra
mejor que esta mariposa
que en vuestra luz no se quema.

Recov. Idos en paz, Mariposa;
mas no olvideis, pues sois cuerda,
que las mariposas son
insectillos que no dejan
rastro; porque siendo efímeras
hijas de una primavera,
ni hacen nido cual los pájaros,
ni miel como las abejas.
Marip. Quien os llamó Recoveco
de ellos os vió el alma llena.
Recov. Quien os llamó Mariposa,
bien os vió dar muchas vueltas.
Marip. Adios! y guardad la casa.
Recov. Adios! y cerrad la puerta.
Marip. Adios. (*Ap.*) (Mal rayo me parta
si tú eres lo que aparentas!)
Recov. Adios! (*Ap.*) (Si tú juegas limpio...
mala víbora me muerda!)
(*Vase Mariposa por la escalera puerta derecha. Recoveco, permanece inmóvil mirando al cancel por donde se vá Mariposa, hasta que siente el golpe de la puerta de la casa, que se supone al pié de la escalera que empieza en el cancel.*)

ESCENA II.

RECOVECO. *Despues* EL CAPITAN.

Recov. Gracias á Dios que se fué.
Se me antoja que es el diablo
á quien ésta en el retablo
pone luz... no sé por qué!
Mas ya ha de estar impaciente.
Le hago la seña...
(*Pone la linterna sobre la balaustrada, con la luz hácia afuera y mira y escucha por la escalera que se supone rematar en el cancel.*)
Ya sube.

Ahora cae como una nube
sobre mí; pero prudente,
mas que valiente ha de ser
el que espía.

Capitan. (*Saliendo.*) Por mi alma
que lo tomásteis con calma!

Recov. Capitan, á esa mujer
fué preciso despistar.

Capitan. Por qué tanto se entretuvo?

Recov. Tengo para mí que estuvo
avizorando el lugar.
Estábais vos bien oculto?

Capitan. Como un gusano.

Recov. Si el ruido
mas mínimo habeis movido,
ha dado ella con el bulto.

Capitan. Tan lista es?

Recov. Nos dá quince
y falta: y aun temo que al hopo
nos viene: tiene de topo
oidos y ojos de lince;
y desconfia de mí.

Capitan. Ganémosla por la mano.

Recov. Teneis el camino llano,
como habeis visto hasta aquí.

Capitan. Pero has tardado...

Recov. En el plazo
que pude fué; es menester
abreviar para no ser
cojidos en nuestro lazo.

Capitan. Esta misma noche.

Recov. Bien:
de las cerrajas los muelles
aceité bien; al correlles
no temais que alarma den.

Capitan. Pueden en tu cuarto entrar
seis corazas escojidos
sin ser vistos ni sentidos.

Recov. Les quereis hacer saltar
á mi cuarto desde el huerto?
Capitan. Como yo he hecho; y desde él
que puedan á ese cancel
acudir: pero no acierto
cómo, tan fácil estando,
hasta ahora lo has detenido.
Recov. Es que el pan que os doy cocido
tuve yo que ir amasando.
Para poder del postigo
del huerto falsear la llave
trabajé lo que Dios sabe.
Luego el clérigo conmigo
no se descuida.
Capitan. Pues hoy
verá con quien se las há.
Esplícame cómo está
la casa y sus usos.
Recov. Voy,
de todo á daros razon.
Capitan. Y yo me arreglaré.
Recov. Aquí,
(*Puerta fondo izquierda.*)
habita el clérigo: allí
tiene ella su habitacion.
Maluenda que es mayordomo
del cabildo, aquí recibe
á los colonos, y escribe
de pergamino en un tomo
sus pagos y documentos
con ayuda de un copiante
sobre esa mesa: y delante
de ella, les dá esos asientos.
Y nadie esa puerta pasa
mas que Juan á quien aloja,
y yo, cuando se le antoja,
por faenas de la casa.
Capitan. Y dónde alojan á Juan?

Recov. Lejos de aquí; en dos salones
del norte, cuyos balcones
á la parte opuesta dán.
Capitan. Comunicarse no puede
con Ana?
Recov. No: el racionero
tiene el cuarto medianero
con ella, y á mí me cede
el chiribitil de abajo,
donde de noche me deja
cerrado, y cierra esa reja
además.
Capitan. Pues ya es trabajo!
Recov. Y miedo.
Capitan. Miedo?
Recov. Pretende
el vulgo, y vá bien quizá,
que este caseron está
habitado por un duende.
Capitan. Sabes tú?...
Recov. Me ha parecido
algunas noches sentir
con cautela ir y venir,
evitando meter ruido.
Capitan. Pues ese duende á buscar
vengo yo; y creo saber
quién debe ese diablo ser
de esta casa familiar.
Recov. Cómo!
Capitan. Lo vas á saber:
y si con mi intento salgo,
yo te haré que seas algo.
Recov. Rico?
Capitan. Casi, casi.
Recov. A ver.
Capitan. Oyeme bien: esta casa
no es propiedad de Maluenda,
aunque por ser de su hacienda

finca vinculada pasa.

Recov. Pues de quién es?

Capitan. De don Lope
de Rojas.

Recov. Del prebendado
que está á muerte condenado?

Capitan. Y allí donde se le tope
bien se le puede á través
cruzar sin inconveniente:
y Maluenda es su intendente,
y ella su querida es.

Recov. Demonio! Pues no son flojas
noticias!

Capitan. Y he sospechado
que puede el encapuchado
ser tambien Lope de Rojas.

Recov. Bah!...

Capitan. Yo he notado estos dias
que de esta casa en circuito,
es donde ha hecho ese maldito
sus recientes fechorías.
Mi plan es cojerle aquí,
y quitarle la querida
primero, y despues la vida.

Recov. Le heredais acaso?

Capitan. Sí
y no.

Recov. No entiendo.

Capitan. Oye bien.
Los Revueltas y los Rojas
somos siglos há, rivales
y escriben nuestros anales
de las espadas las hojas.
En cuatro generaciones
nos hemos aniquilado,
y solos hemos quedado
don Lope y yo: los pendones
sigo de doña Isabel

porque él los de doña Juana;
y si faltamos mañana
él me hereda á mí, y yo á él.

Recov. Ahora me decís que sí:
mas habeis dicho sí y no.

Capitan. Es que mi padre casó
dos veces: me tuvo á mí
de la primera mujer
que murió pronto; y muy rica
la segunda...

Recov. Eso complica
ya la cuestion.

Capitan. Vas á ver:
Su segunda esposa era
una Rojas; peregrina
mujer! Huerfana y sobrina
del padre de Lope. Fuera
de poblado, en buen paraje,
dió mi padre, que cazaba,
con el de Lope, que andaba
con su familia de viaje.
La gente de Rojas era
poca, pero brava anduvo:
mi padre, que de ver hubo
una hembra tan de primera
entre su gente, la echó
mano, la sacó á la rastra,
la echó á grupas y escapó:
y paró en ser mi madrastra.

Recov. Bravo golpe!

Capitan. En la centuria
nuestra, así es como se vive;
pero se dá y se recibe.
Cuál de los Rojas la furia
no sería, al demandar
mi padre la herencia de ella!
ya era madre, y fué su estrella;
se la tuvieron que dar.

Para ellos era una mancha
que hijos diera á los Revueltas
una Rojas: y trás vueltas
mil, tomaron la rebancha.
Bajó mi padre al lugar
para ir en la procesion
de la Vírgen de Muñon,
del castillo titular.
Iba con él su mujer,
su hijo de cuatro años, yo
de doce, y otros: salió
la procesion; y al volver,
sobre ella los Rojas dieron;
del chico se apoderaron;
á la madre arrebataron
y á mi padre mal hirieron.
Ahora padres no tenemos
Lope ni yo: mas es llano
que él sabe qué es de mi hermano;
con que á ver si le cojemos.

Recov. Comprendo ahora el afan
con que le seguís la huella,
y el de apoderaros de ella
(Se rie.)
y el de hacer á maese Juan...

Capitan. Si hay diablo en la casa, es él:
y si es el encapuchado,
con su muerte habré vengado
á mi raza y á Isabel.

Recov. El modo es lo que aun no entiendo:
hiladme mejor el copo.

Capitan. Es preciso ser muy topo...

Recov. Pues lo soy: con que id diciendo.

Capitan. Como de esta casa el rey
datos sospechosos supo,
en nombre del rey la ocupo,
ejecutor de la ley.
Mi gente en tu cuarto dejo,

á tí cerca, y subo solo:
le vendo, ocultando el dolo,
honra y proteccion al viejo.
Con tus llaves en hora alta
les prendo á ellos, me apodero
de las mujeres, y espero
al del capúz.

Recov. Y si falta?

Capitan. Vendrá mañana ó pasado,
ú otro dia: estando quieto
yo, y su prision en secreto,
él caerá.

Recov. Y si cae armado?

Capitan. Somos dos; le temerás?

Recov. Ni á él ni al mismo Belcebú.

Capitan. Pues yo le hago frente, y tú
le sujetas por detrás.

Recov. Y si á alguien trae el maldito?

Capitan. Con qué poco te embarazas!
De un brinco mis seis corazas
están aquí al primer grito.

Recov. Y si Juan ó el prebendado
despertase ó resistiera?

Capitan. Tú de la misma manera
dás sobre él.

Recov. Trato cerrado.

Capitan. Pues voy los seis á emboscar.

Recov. Cerrad mi cuarto; no fuera
que como dá á la escalera
le echaran ojo al pasar.

Capitan. Por espía ibas ahorcado
á ser, y yo me dí trazas
para hacer que en mis corazas
ingresáras. Pon cuidado:
porque vá en esta jugada
tu fortuna; y la fortuna
no tiene mas vuelta que una
y hay que asirla de pasada.

Recov. Id tranquilo, capitan,
que yo sé á lo que me obligo:
y no tanteeis el postigo
sin ver si en la calle están.
Capitan. Fia en mí.
(*Vase por la puerta derecha.*)
Recov. Buena partida
maestramente empeñada!
Recoveco, en la jugada
cuenta que te vá la vida...
pero no hay que olvidar nada.
Ese cubo es muy macizo:
ese retablo es postizo,
y en torno de él Mariposa
gira tenaz... pues es cosa
de saber cómo se hizo.
Se dirige al retablo como para inspeccionarle, y antes de que tenga tiempo de hacerlo, un golpe fuerte en la puerta de la calle le detiene.)
Diablo! Tan pronto! Si habrán
al capitan atisbado?
Bah! Hubieran alborotado.
Quién?...
Juan. Abre! (*Voz dentro.*)
Recov. Es maese Juan.

ESCENA III.

RECOVECO. JUAN FERNANDEZ. JUAN COLONIA. SIMON.

Juan. Estás solo? (*A Recoveco.*)
Recov. Solo estoy;
guardo la casa en ausencia
de su dueño.
Juan. Toma, pues,
la anguarina y la linterna,
y vé á esperar á doña Ana
y el prebendado á la iglesia,

que está la noche muy lóbrega.
Orden del señor Maluenda.

Recov. Pues si él lo manda, obedezco;
que mi obligacion es esa.

Juan. Don Luis tiene el picaporte;
ciérrate al salir la puerta.
(*Vase Recoveco.*)

ESCENA IV.

JUAN. COLONIA. SIMON.

Colonia. No me gusta ese sirviente.

Juan. En la casa le conserva
el prebendado, por no
sé quién que le recomienda.
A mí tampoco me gusta;
pero es una ligereza
juzgar por fisonomías...
El sirve bien.

Colonia. Zahareña
tiene la cara.

Juan. Es conmigo:
estraño me considera,
porque no soy quien le paga
sino don Luis.

Colonia. Pues debieras
hacérselo tú notar
á don Luis.

Juan. Cosas son esas
muy propias de los criados:
pero hablemos de las nuestras.
Pues á mi casa subimos
porque estaba la mas cerca
para ello; dadme el escrito
y os le firmaré.

Colonia. Incompleta
es la nocion que de él tienes

por lo que te he dicho apriesa
en el átrio : léelo bien ;
pues que tu dinero arriesgas
con nosotros al firmarle.

Juan. Mi bolsa y mi alma son vuestras.
El caudal que poseemos
nos le hemos ganado á medias;
vos labrando catedrales ,
yo imaginaria poniéndolas.
No hablemos mas. Dadme, firmo,
antes que el padrino vuelva.

Colonia. Oh ! hidalguía generosa
de las gentes de esta tierra!
Ten : mas oye antes. Tenemos
solo la simple promesa
del señor Obispo; y sabes
que el buen señor está... fuera...

Juan. Como ese hay muchos, que están
ausentes; pero mas cerca
de lo que á ellos convendria
y de lo que yo quisiera.

Colonia. Es cierto que en el castillo
está?

Juan. La noticia es cierta
por su mal y por el nuestro :
y por eso en esta época
la soldadesca, ojeriza
tiene á la gente de iglesia
hasta el punto que los clérigos
ya veis que no se presentan
con sus trajes por la calle;
porque como en connivencia
creen que están con los rebeldes,
tienen que andar con cautela.

Colonia. Tú crees que los del castillo?...

Juan. Tendrán que darse por fuerza.

Colonia. Y si cogen al Obispo?

Juan. De política prudencia,

:

matándole, no darian
los nuevos monarcas prueba:
para crearse partido
necesitan indulgencia.

Colonia. Comprendiéndolo así yo
he aceptado las propuestas
del municipio.

Juan. Qué son?...

Colonia. El proporciona la piedra;
nosotros haremos la obra,
avanzando lo á que asciendan
los jornales, y poniendo
además nuestra tarea.
Así se hará la capilla
de la Concepcion, uniéndola
con la de San Antolin
y la de Santa Ana; mientras
vamos poco á poco alzando
la torre de la izquierda.
Podrá importar la capilla
cuento y medio de moneda
castellana.

Juan. Le teneis?

Colonia. Fié en tí.

Juan. Pues de mi herencia
daré yo el medio y un pico.

Colonia. Medio habrá que dar en prenda
por el de Acuña: tu firma
medio millon representa.

Juan. Dadme la pongo. La causa
(*Toma el pergamino.*)
de la pobre Beltraneja
se pierde. Doña Isabel
será de Castilla reina.
Tendrá que indultar á todos;
y por mucho que entretengan
la rebelion, ni seis meses
durará la resistencia.

Volverá el señor de Acuña
para entonces.
(*Va á la mesa y firma en el pergamino que devuelve á Colonia.*)
Colonia. Así sea.
Finadas torre y capilla,
si bien calcúlo, nos quedan
á mas de nuestros salarios
once mil doblas zahenas.
Juan. Tomad: por mucho que tarde
el obispo Acuña, entera
no se ha de gastar la suma.
Colonia. No lo espero.
Juan. Y aun me restan
mil doblas para tomar
estado.
Colonia. Con que de veras
te casas?
Juan. En cuanto rindan
los reyes la fortaleza,
y en paz quedemos en Burgos.
Colonia. Juan, aunque en estas materias
no debe meterse nadie,
escusa que yo me meta.
Juan. Podeis bien; os considero
como si mi padre fuérais.
Colonia. Pues bien; tú sabes que el vulgo
á nadie perdona.
Juan. De ella,
qué dice?
Colonia. Que nadie sabe
quién és ni de quiénes venga.
Juan. El racionero es tutor
suyo y padrino; y de buena
familia ser debe, siendo
padrino suyo Maluenda.
Colonia. Pues haz que él de su familia
y su caudal te dé cuentas.

Juan. Así me lo ha prometido:
como judía no sea
ni morisca, yo la tomo
sin títulos de nobleza.
Los nuestros son nuestras obras,
las suyas serán los de ella.

Colonia. Es cuenta tuya: perdona.

Juan. Vuestra intencion sé que es recta:
no hay de qué.

Colonia. Pues buenas noches;
que ya sospecho que empieza
del templo á salir la gente,
y anda la ciudad revuelta.

Juan. Sentiria que un tumulto
fuera de casa os cogiera.
Vamos; iré á acompañaros.

Colonia. No; tú aquí á tu novia espera.
Adios, Juan.

(*Vanse Colonia y Simon.*)

Juan. Cuando gusteis
disponed de las monedas.

ESCENA V.

JUAN FERNANDEZ.

Bravo viejo y noble mozo!
Ya á los veinte y cuatro llega
y aun nó toma la palabra
del viejo padre en presencia.
Deber tengo de ayudarles:
jamás que no les dijera:
mas si el obispo no cumple
es nuestra ruina completa.
Y entonces, qué será de Ana?
Lejos de mí tal idea.
He hecho bien: ellos son buenos:
Dios bendecirá su empresa.

(*Llaman á la puerta esterior.*)
Quién será? Si habrá perdido
su picaparte Maluenda?
Quién? (*Preguntando.*)

Marip. (*Dentro.*) Abrid: somos nosotras.
Abrid pronto!

Juan. Con qué prisa!

ESCENA VI.

JUAN. DOÑA ANA. MARIPOSA. RECOVECO.

(*Mariposa acude siempre en esta escena á sacar á doña Ana del compromiso de satisfacer á la curiosidad de Juan, sin dejar por eso de encender en la lámpara del retablo la luz que dejó antes en la escena. Siempre con prisa de llevarse á doña Ana á su cuarto, cuya puerta abre con la llave que trae.*)

Marip. Gracias á Dios!

Ana. Recoveco...
habeis cerrado la puerta?

Marip. La cerré yo.

Juan. Qué traeis?

Ana. Nada.

Marip. Algo: un frio que hiela
el aliento en el galillo
y la palabra en la lengua.

Juan. Cómo habeis venido solas?
Y el prebendado?

Marip. Se queda
en su cajon del trascoro
quitándose la muceta.

Juan. Parece que venís pálidas!

Marip. Como que venimos tiesas
y hechas carámbano. Vamos,
doña Ana: en la chimenea

dejé fuego, y al amor
de la lumbre las chinelas.

Juan. (Aquí hay algo!) Mi doña Ana...

Marip. Bah! no estamos para fiestas,
que damos diente con diente;
ya hablareis luego en la mesa.

(*Vanse Mariposa y doña Ana por el fondo izquierda.*)

ESCENA VII.

JUAN. RECOVECO.

Juan. (Aquí hay algo qué me ocultan.)
Recoveco?...

Recov. Qué hay?

Juan. Afuera
ha pasado algo. Qué ha sido?

Recov. Qué ha de ser! Nada: pamemas
de mujeres: que topamos
un chusco de Noche-buena
que las siguió cuatro pasos.

Juan. Quién fué?

Recov. Un don nadie, cualquiera:
ellas lo han dicho, que yo
no lo eché de ver apenas.

Juan. (No dirá nada el taimado:
mejor es que yo lo vea
por mí mismo.) Recoveco,
para cambiar la muceta
tarda mucho el prebendado:
voy á tomar una hojuela
que tengo, y voy á buscarle
porque solo no se venga.
(*Vase por la puerta izquierda.*)

ESCENA VIII.

RECOVECO. *Despues*, MARIPOSA.

Recov. Hojuela!... ya te la he visto.
Una famosa flamberga!
Si como tienes el arma
tienes la mano con ella
que ande listo el capitan.
(*Mientras dice esto sale Mariposa.*)
Marip. (*Saliendo.*) Bien lo habeis hecho, babieca!
Sois un Roldan; os lucísteis!
Recov. Pues qué queriais que hiciera?
Creeis vosotras tan fácil
con un capitan tenérselas?
Marip. Y maese Juan?
Recov. Ya baja:
fué á buscar no sé qué prenda
de vestuario que le falta,
porque quiere ir á la iglesia
á buscar al prebendado.
(A ver si se lo impide esta!)
Marip. Dios mio! fué por la espada:
y si al Capitan encuentra...
(*Llaman recio.*)
Recov. Ya está aquí el amo.
Marip. No abrais.
Recov. Pues aldabada tan recia...
nadie mas que él puede dar.
(*Vuelven á llamar.*)
Marip. Tiene llavin.
Recov. Se impacienta:
tal vez haya tropezado
con él.
Marip. Tirad de la cuerda.
Dios Santo! Es el Capitan!
Capitan. (*Saliendo.*) Soy yo: el capitan Revuelta.

ESCENA IX.

CAPITAN. MARIPOSA. RECOVECO.

Recov. Vos me mandásteis tirar,
y yo tiré... (*A Mariposa.*)
Marip. Habrá insolencia!
Pensais, señor don espada,
que por ser gente de iglesia
la de esta casa, no habrá
quien os haga cara en ella?
Capitan. Házmela tú, que la tuya
á fé que no es nada fea.
Marip. Volveos, Capitan, antes
de que el prebendado vuelva.
Capitan. Justamente vengo yo
con él á hablar; y si mientras
vuelve quisieras decir
á doña Ana que saliera,
yo su vuelta aguardaria
sin maldita la impaciencia.
Marip. Pero, qué os habeis creido
de doña Ana? Ya con esta
van dos veces que os despacho
de su parte.
Capitan. A la tercera
vá la vencida.
Marip. El vencido
sereis vos.
Capitan. No hay fortaleza,
ni mujer que no se rinda
con tiempo y maña.
Marip. No es hembra
mi señora, que se rinde
como un castillo, por fuerza.
Capitan. Yo he de hablar con ella.
Marip. Es muda,
y no os volverá respuesta.

Capitan. Con que no sea sorda, basta:
ya la haré yo que me entienda;
y se ablandará.

Marip. Ni blanda
ni dura podreis cojerla;
que es guinda que está muy alta,
tiene espinos que la cercan,
y es de otro.

Capitan. Mujer y fruta
saben mejor siendo agenas.

Marip. Pues si á esa echais mano, puede
que os cercenen la muñeca.

Capitan. Algun clérigo? Con qué?
Con la cruz de la muceta?

Marip. Dicen que siempre hay un diablo
que trás de una cruz acecha.

Capitan. Ante la cruz de la espada
no hay diablo que en pié se tenga.

Marip. Ay de vos si el que está al pié
de ese San Miguel se suelta!

Capitan. Solo se asusta á los clérigos
con los diablos de madera.
O ese es el de la familia?
O con su mano maestra
le ha tallado maese Juan?

ESCENA X.

DICHOS. JUAN, *saliendo á tiempo.*

Juan. Y aun tiene la mano entera
de su modo de tallar
para daros una muestra.

Capitan. No se tallan las figuras
lo mismo en hueso que en leña:
el pino y el roble son
mas blandos que mi cabeza.

Es fácil hacer imágenes.
Juan. Mas fácil es deshacerlas.
Capitan. Están bustos como el mio
muy bien tallados.
Juan. En piedra
tallados los llevo y rotos:
es conforme se maneja
el hierro.
Capitan. No tallaríais
uno como este.
Juan. A la prueba.
Echémonos á la calle;
tallemos: y á la primera
talladura, de mi mano
me direis lo que os parezca.
Capitan. Señor galan, sosegaos,
y no temais que se os pierda
la ocasion de tallar uno
como el que aquí se os presenta.
Yo vengo á hablar con el clérigo;
despues de mi conferencia
con él, tal vez me permita
el prebendado Maluenda
que hable con doña Ana; y luego
hablaré con vos.
Juan. Me pesa
de tener que trastornar
vuestro órden de conferencias:
porque no queriendo yo
que hableis con él ni con ella
si nó conmigo en la calle,
ó salís, ú os saco fuera.
Capitan. Tomándolo de ese modo,
que os pruebe aquí será fuerza
que hombres cual yo solo salen
por su gusto de donde entran.
Juan. Pues adelante! (*Desenvaina.*)
Capitan. (*Caen en guardia.*) Adelante!

Marip. San Miguel me valga!

(*Al cruzar los espadas, sale Maluenda y se mete por detrás cogiéndoles por las manos.*)

ESCENA XI.

DICHOS. MALUENDA.

Maluen. Quietas
las espadas en mi casa!
Juan. Apartad!
Maluen. Puntas á tierra
digo! Dos hombres que riñen
son mas brutos que las bestias:
Dios dió á las fieras las uñas
y al hombre la inteligencia.
Contra el duelista en mi casa
se desquiciarán las piedras!
Capitan. Por mi parte, señor clérigo,
obedezco. (*Envaina.*)
Juan. Y yo.
Maluen. (*A Mariposa.*) A tu hacienda
tú! Tú á tu cuarto. (*A Juan.*)
Tú al tuyo. (*A Recoveco.*)
(*Todos obedecen.*)

ESCENA XII.

MALUENDA. CAPITAN.

(*Maluenda se vuelve al Capitan y le dice con calma y dignidad.*)

Maluen. Por qué ha sido la pendencia,
Capitan?
Capitan. A punto fijo,
señor clérigo, no sé:
yo le dije no sé qué,

y no sé lo que él me dijo;
pero de mala manera
de aquí echarme pretendia;
y yo que á veros venia
no quise antes de que os viera.

Maluen. Y estábais en la razon.
Con que venís á tratar
algo conmigo? Entablar
podeis la conversacion.

Capitan. Escusadme que me asombre.

Maluen. De qué?

Capitan. De tal mansedumbre.

Maluen. Soy clérigo: por costumbre
soy muy manso.

Capitan. O sois muy hombre!

Maluen. Vosotros los militares,
que hombres sois de vida airada,
soleis no tener en nada
ni á clérigos y á seglares.
Creeis que por pelear
como osos y ser valientes,
ya no hay en la tierra gentes
que se os puedan comparar.
Mas tiene el valor civil
sobre el vuestro una ventaja,
y es que al hombre no rebaja
con la ira, que es pasion vil.
Quien con fé se determina
á obrar segun su conciencia,
está sereno en presencia
del peligro y le domina.
Con que creo que venís
á darme una pesadumbre?

Capitan. Por qué?

Maluen. Porque es la costumbre
de los hombres que reñís,
por oficio; y un buen susto
por dar á un hombre de iglesia,

iriais de aquí á Silesia
con grande afan y gran gusto.
De saber eso á pesar,
yo de encima os he quitado
á ese Juan, que á fé de honrado
os hubiera hecho sudar!

Capitan. Tal es?

Maluen. Con tanto operario
tiene que habérselas solo...
y hay gente de fuerza y dolo
entre ellos.

Capitan. No es estatuario?

Maluen. Y arquitecto: y como emplea
tanta gente un edificio,
siempre entra mucha de vicio,
levantisca y de peleá.
Mas al caso: habeis á verme
venido para tratar...
de qué?

Capitan. En ello para entrar,
no sé como componerme.

Maluen. Tan dificil es?

Capitan. Lo es cuanto
puede serlo á un hombre atento,
dar á un noble un sentimiento.

Maluen. Tan grande vá á ser?

Capitan. No tanto.

Maluen. Jesus mil veces! Mirad...
cuanto mas tardeis en ello,
mas tiempo con la agua al cuello
me tendreis: conque acabad.

Capitan. Pues bien: tengo por los reyes
de Castilla don Fernando
y doña Isabel, el mando
de unas corazas: sus leyes
debo leal de cumplir,
y tengo órden de ocuparos
la casa y de aseguraros:

y os lo venia á advertir.

Maluen. Acabárais!

Capitan. Vive Dios!...

La noticia os dá contento?

Maluen. No por cierto: mas lo siento,

señor Capitan, por vos.

Capitan. Por mí?

Maluen. Por vos: esta casa

tiene un diablo familiar.

Capitan. Y és con quien yo quiero dar.

Maluen. Pues si algo con él os pasa

no os podreis quejar de mí,

por que de ello os avisé.

Capitan. Vos le conoceis?

Maluen. No á fé!

y jamás al diablo ví.

Capitan. Ni al de aquí?

Maluen. No.

Capitan. Pues se dice

que sois famoso exorcista.

Maluen. No hay sacristan hisopista

con fé, que no le exorcize.

Capitan. Quereis burlaros de mí?

Maluen. Líbreme Dios de capricho

semejante! Yo os he dicho

lo que hay.

Capitan. Mas vivis aquí?

Maluen. Porque dar no me conviene

renta de casa: y aunque esta

tiene ese *algo*, no me cuesta.

Mas por si tiene ó no tiene,

de noche nos encerramos

en nuestros cuartos, y el resto

de las cámaras, espuesto

á nuestro huesped dejamos.

Capitan. (O este clérigo está loco

ó me toma por juguete.)

Maluen. Con nosotros no se mete

pero nos fiamos poco.
Ved: Juan mismo, aunque le veje
que lo sepais, en efecto
tiene ese fatal defecto;
que aunque el diablo le proteje
solo al diablo tiene miedo.

Capitan. Le proteje el diablo?

Maluen. Es claro.
Porque solo por su amparo
pudo sacar siempre ledo
é ileso el cuerpo de tanto
zipizape.

Capitan. (Habrá inocente!
para que al mozo no tiente
ver quiere si de él me espanto.)
Señor prebendado, hablemos
claros y acabemos pronto:
no creo que seais tonto,
ni que querais que nos demos
cuerda uno á otro á torcer.

Maluen. Me habeis dicho á qué veníais,
y yo á lo que os esponíais
con lo que venís á hacer.
Obrad ahora, señor
Capitan.

Capitan. Hay quien pretende
que vos de ese diablo ó duende
sois el amigo mejor.
Que esta casa es propia suya;
que doña Ana es su querida,
y que aquí amparo y güarida
le dais los dos.

Maluen. Aleluya!

Capitan. Cantais gloria?

Maluen. Glorifico
al Dios cuya santa gracia
os dió tanta perspicacia,
Capitan.

Capitan. Y ratifico
lo dicho; y todas las hojas
de la historia de que os hablo
volviendo á un tiempo, ese diablo
vuestro es don Lope de Rojas.
Maluen. El canónigo don Lope
mi discípulo y ahijado?
Capitan. Ese mismo.
Maluen. El condenado
á ser donde se le tope
cojido y ahorcado?
Capitan. Ese.
Y sabeis quién creo que es
el encapuchado?...
Meluen. Pues!...
Tambien él!
Capitan. El: aunque os pese
que dé en ello. Ese hombre osado
que á matar de noche viene
á los del Rey, y que tiene
á Burgos amedrentado,
don Lope sospecho que es:
y el Rey que acaso lo sabe,
á que con Rojas acabe
me manda.
Maluen. Cojedle pues.
Capitan. No os opondreis?
Maluen. No en verdad.
Sé que don Lope está huido,
y para mí, ha delinquido.
Toda la casa mirad:
y pues que es Rojas sabeis
el diablo, el encapuchado,
y el ante Cristo, amarrado
llevadle si le cojeis.
(*Pausa.*)
Capitan. Sois todo un hombre!
Maluen. Os lo estoy

probando desde el instante
en que me puse delante
de vos: y una muestra os doy
del valor civil del cual
os hablaba antes, mayor
que el del duelista mejor,
sufriéndoos injuria tal.
Que doña Ana es la querida
de don Lope! Que yo soy
su encubridor y que doy
aquí á asesinos güarida!
Ni eso podeis saber si es
cierto, ni si lo supiérais
á un seglar se lo dijérais
sin que os tendiera á sus pies.
Pobre don Lope, á quien ví
por los vuestros calumniado,
perseguido, acorralado
lo mismo que á un javalí!
Don Lope se habia metido
en la iglesia, en gerarquía
clerical.

Capitan. Y se alzó un dia
contra el Rey, se hizo bandido.

Maluen. Conocéisle?

Capitan. No: jamás
le he visto: yo he estado ausente
de aquí.

Maluen. Como vuestra gente
le odiais de instinto no mas?

Capitan. Odio á Rojas y á otros ciento
como el de su mismo estado
que la espada han empuñado
dando á la guerra incremento.

Maluen. Capitan, teneis razon:
muy descarriados andamos,
pero con los tiempos vamos:
y os haré una reflexion.

Esta es tierra de valientes:
en Castilla siempre están
los corazones calientes:
y si á la guerra se van
sin deber ir ciertas gentes
son de tierra, y... Capitan,
les habeis tan imprudentes
estirado el cordovan,
que se les sube á los dientes
la levadura de Adan.

Capitan. Bravo hombre sois!
Maluen. Soy sincero.
Capitan. Como lo sentís lo hablais.
Maluen. No así vos, que me callais
á lo que venís primero.
Capitan. A qué?
Maluen. A buscar á doña Ana,
á quien tiempo há perseguis.
Capitan. Así és como lo decís,
yo la amo; y pues me lo allana
vuestra franqueza, y os digo
que si á un plebeyo escultor
se la vais á dar, mejor
doña Ana estará conmigo.
Maluen. Nada en eso que ver tengo:
cosa es de vosotros dos
y de Juan; si ella por vos
le cambia á él, yo me avengo.
Capitan. Cuando me llegue á tratar...
Maluen. Dudo que quiera.
Capitan. Ya veis
que puedo ahora...
Maluen. Quereis
que se lo entre á consultar?
Capitan. Id...
Maluen. Esperad.

(*Vase por la puerta del fondo. El Capitan se as- ma al ajimez para cerciorarse que su gente es-*

en el jardin á quien se refiere el Ahi están. *Mientras él mira y dice sus dos versos siguientes, se presenta á tiempo Juan, por la puerta izquierda con espada.)*

Capitan. Ahí están:
y él me ayuda... me las pillo
con el cura, y al castillo!
(Al volverse, se ve á Juan que le dice.)

Juan. Continuemos, Capitan.

ESCENA XIII.

EL CAPITAN. JUAN FERNANDEZ.

(Juan va á echar la llave á la puerta del fondo izquierda por donde se fué Maluenda: el Capitan le observa, y conforme va comprendiendo lo que Juan hace, se supone que va discurriendo lo que va á hacer y es, hacer pasar á Juan del lado de la puerta de la derecha, dejándole de espaldas á ella sin que vea á Recoveco, á merced de quien necesita dejarle el Capitan.)

Capitan. *(Viendo á Juan.)*
(No contaba ya con él.
El mismo cierra la puerta
al clérigo!... mas que alerta
no vea allende el cancel
á Recoveco.) *(á Juan.)* Los dos
que estemos solos aquí
quereis?

Juan. Sí.

Capitan. Pues cerrais vos
esa, esta me toca á mí.

(Cierra la puerta izquierda por donde salió Juan y tirando de la espada, deja á Juan en el centro de la escena, de espaldas al cancel y un poco terciado hácia el público; de modo que el retablo quede á su izquierda y mas atrás de la línea

de su hombro, á él. La escena depende de la posicion de los actores.)

Juan. Tuve el placer de escuchar
lo que aquí os plugo decir
al clérigo: y como echar
os queria antes, salir
no os quiero ahora dejar.

Capitan. Pues conversacion tan grata
podido habeis oir toda,
ya sabeis de qué se trata.

Juan. De que se muere ó se mata.

Capitan. Es mi juego.

Juan. Me acomoda
porque rara vez se empata.
(En guardia y entran.)

Capitan. Bien jugais.

Juan. Tal cual. Ahí van
(Dos estocadas que pára el Capitan.)
dos puntos.

Capitan. Muy altos son.
Donde las toman las dán.

(Recoveco, desde que han cruzado los dos hierros ha ido viniendo á colocarse de puntillas detrás de Juan. Cuando el Capitan ve que Recoveco está ya preparado, dice:)

Capitan. Juego; y poned atencion.

(Recoveco abraza á Juan por detrás, rápidamente cojiéndole los brazos: y sigue el Capitan, poniéndole al pecho la espada.)
Partida hecha.

Juan. A traicion!

(Se aparta el retablo, girando sobre la izquierda saliendo el Encapuchado, espada en mano, coje con la izquierda por el cogote á Recoveco, y corriendo su espada sobre la del Capitan sorprendido, se la traba, le desarma y dice poniéndole la punta al pecho:)

Encap. Falta un punto, Capitan!

ESCENA XIV.

DICHOS. EL ENCAPUCHADO.

(El Encapuchado pone el pié sobre la espada del Capitan.)

Encap. Capitan, cuando se juega
tan mal, tan mala partida,
el alma al diablo se entrega;
y la de que él gane llega,
la vuestra, que está perdida.
Capitan. } El diablo!
Juan. }
Recov. El encapuchado!
Encap. Que es el diablo familiar
de esta casa, y que ha terciado
el juego para igüalar.
Capitan. Pero que aun no le ha ganado.
Encap. No hay mas manos.
Capitan. Hay aun muchas
tal vez.
Encap. En vano amenazas.
Capitan. Aun hay juego.
Encap. En vano luchas.
Capitan. Pues, juego! A mí, mis corazas!
(El Capitan, dice todo esto, mirando á Recoveco que se va acercando al cancel. Y comprendiendo que va á dar la alarma á los del Capitan, que se suponen estar en el huerto. Cuando le vé ya pronto á escapar, dá el grito: pero en vez de subir los del Capitan, llegan encapuchados que aseguran á Recoveco.)
Encap. Perdísteis: son mis capuchas.
Vuestras corazas metísteis
en el huerto, y detrás de ellas
mis capuchas yo: quisísteis
seguir al diablo las huellas

y era mal juego: perdísteis!
Capitan de bandoleros
que á clérigos y seglares
buscais las vueltas mañeros,
y ni nobles ni pecheros
creeis á vosotros pares:
Revuelta, cuyas corazas,
lanzas é infamadas hojas
de Burgos con viles trazas
mancharon calles y plazas
con la sangre de los Rojas:
yo soy ese encapuchado
tras quien tanto habeis corrido
con quien al fin habeis dado:
y á un bando opuesto afiliado,
contra vos hecho bandido.
Maldito sea todo bando
que marcha de sangre en pos,
rastro maldito dejando!
Malditos nosotros dos
que los estamos cebando!

Capitan. Quién os los manda cebar?

Encap. Si os pudiérais enmendar
vos, no os hiciera yo guerra;
mas quiero de vos librar
lo que amo aun en la tierra.
Os cojí bajo el cuchillo:
no os salvais, aunque se encuentren
los vuestros ante el rastrillo:
vivo ó muerto, en el castillo
os hallarán los que entren.

Capitan. Si la espada me volveis...

Encap. De vos pende: aquí os la tomo,
y allá arriba me direis
si que os la vuelva quereis
por la punta ó por el pomo.

Capitan. Perdí: la partida os doy.
Quién sois? Quién es quien me vence?

Encap. Ya os lo he dicho: el diablo soy,
de la casa en donde estoy.
Capitan. No me hagais que me avergüence
de haber esta noche sido
burlado, preso y vencido
por un nécio charlatan.
Encap. No morireis, Capitan,
sin que sepais quién ha sido.
Capitan. Mientra me quede un instante
siempre tengo yo esperanza.
Encap. Pues de vos pende que os plante
libre del foso delante,
ó ensartado en una lanza.
Id!
(*Los encapuchados se llevan al Capitan y á Recoveco.*

ESCENA XV.

JUAN FERNANDEZ. EL ENCAPUCHADO.

Juan. Quien quiera que seais
á quién debo aquí la vida?
Encap. Os ruego que os recojais:
iba á espadas la partida,
jugué por vos y ganais.
Nada aun os interesa
quién soy: él se quiso dar
al diablo, y acudí á priesa.
Cuando vos querais ser presa
del diablo, os vendré á buscar.
(*Abre la puerta del fondo. Sale el Prebendado Maluenda: y al ver al Encapuchado dá el grito y vuelve la llave, dejando otra vez cerrada la puerta.*)

ESCEMA XVI.

JUAN. EL ENCAPUCHADO. MALUENDA.

Maluen. Dios!
Encap. Haced que ese mancebo
no ande de noche jamás
por la casa. Si de nuevo
topo con él, me le llevo.
Maluen. Vamos!
Juan. Quién es?
Encap. Satanás!
(*Les empuja y cierra la puerta sobre ellos.*)

CAE EL TELON.

CAPITULO SEGUNDO.

Habitacion de Juan Fernandez; puerta en el fondo. Mesa á la izquierda, estátuas y utensilios de imaginaria. Luz artificial.

ESCENA PRIMERA.

JUAN FERNANDEZ.

Juan. Insoportable impaciencia!
En medio de este huracan
político, no hay con él
medio de comunicar.
Por todas partes empieza
la rebelion á calmar:
todos menos él se vuelven;
todos menos él se dán.
Qué desventura la nuestra!
Qué aciaga casualidad!
Solo no hay para nosotros
parte en el bien general!
Y el pobre Juan de Colonia
que aun espera que vendrá!
Sí que vendrá, si no es muerto.
El rey de su dignidad
no puede desposeerle;
mas cuando venga, será
tarde. Ni cómo ni duermo
calenturiento de afan.

ESCENA II.

JUAN FERNANDEZ. MALUENDA.

Maluen. Juan?
Juan. Padrino!
Maluen. Tú no sales
esta noche?
Juan. No, señor.
Espero á Juan de Colonia
que ya tarda; á la oracion
debió salir de una junta
para ambos de la mayor
importancia y á inquietarme
comienza su dilacion.
Maluen. Bueno: pero acabareis
pronto?
Juan. Tal creo.
Maluen. Es que no
quisiera yo que faltáras
este año en la colacion
de Noche-buena á la mesa,
que Ana nos aderezó.
Juan. En cuanto Juan de Colonia
se despida: aunque favor
me haríais si me escusárais.
Maluen. Tendria una desazon,
Ana, si no celebráramos
la Navidad como Dios
manda, y como la hemos hecho
desde nuestra reunion.
Estas fiestas de familia
el riego fecundador
son, de esas plantas caseras
que cultiva el corazon
á la sombra de la casa
y del hogar al calor,

y que se llaman cariño,
amistad, estimacion,
fraternidad, confianza
y muchas veces amor.
Escucha, Juan; yo no quiero
investigar la razon
de tu tristeza; mas sé...
Se sabe, Juan, que estás hoy
metido en una árdua empresa,
en cuya negociacion
hay dos faltas; mala suerte
y de cálculos error.

Juan. Padrino!...

Maluen. Abreme tu alma,
Juan: tú sabes bien que estoy
en el lugar de tu padre:
y escepto mi salvacion,
nada hay que no esté dispuesto
á arriesgar por tí.

Juan. Señor!...
Yo siempre por el primero
os tuve despues de Dios,
y os venero como á padre
con el mas filial amor.
Mas no hablemos de mis penas;
porque aunque tan fieras son
que tal vez me hagan hoy mismo
perder hacienda y honor,
como hoy ó mañana espero
que han de tener solucion,
buena ó mala, por un dia
dejad que con mi dolor
y con mi esperanza luche
como hasta aquí solo yo.

Maluen. Juan... me espantas!

Juan. No teneis
secretos que guardar vos?

Maluen. Volvemos siempre á lo mismo,

Juan... los que mios no son
tengo de tí que guardarlos,
y ese que de mal humor
te tiene há un año conmigo...

Juan. Qué?...

Maluen. No tiene esplicacion.

Juan. Yo solo os he preguntado
quién era.

Maluen. Lo reveló
él?

Juan. El dijo que era...

Maluen. Delirio!... Supersticion!
No hablemos de él por si acaso.

Juan. Pudiera?...

Maluen. Líbrenos Dios!
Quien quier que fuere, dejémosle
pues que se fué y no volvió.
Y en último resultado,
en veinte años que mansion
haces en esta, pesarte
de dar con él no debió
la única vez que debiste
la vida á su intervencion.

Juan. Es verdad.

Maluen. Pues no pensemos
mas en ello. Con que voy,
y vuelvo.

Juan. Esperad aún
un momento: una cuestion
vital para mí...

Maluen. Pregunta.

Juan. Se sabe algo del señor
de Acuña?

Maluen. Nada: en un año
noticias de sí no dió;
mas se espera de un momento
á otro, de él tener razon.

Juan. Dios lo haga!...

Maluen. Y tú no olvides
la primera prevencion
que te hice entrando: haz por ir
esta noche al comedor.
Ana comienza á afligirse
de tu eterna distraccion
y la injusta indiferencia
que la manifiestas.

Juan. Yo...
indiferente con ella?
Vos no lo creeis, señor.

Maluen. Yo no lo creo: yo creo
que la mala situacion
de tus negocios te obliga
á no consagrarla hoy
todo tu tiempo como antes.
Creo que tu corazon
es el mismo: pero á ella
se la figura que no.
Con que irás?

Juan. Iré.

Maluen. Hasta luego.
No tardo mucho.

Juan. Id con Dios!

ESCENA III.

JUAN.

Qué hará el buen Juan de Colonia?
Mas venga ó no venga ya,
qué nos resta que saber?
Si decirme la verdad
no querrá, la pesadumbre
por evitarme? Hará mal!
Pobre viejo, fiel y honrado!
Tal catástrofe á su edad!

ESCENA IV.

JUAN. MARIPOSA.

Marip. Maese Juan?
Juan. Quién vá?
Marip. Yo!
Mariposa. Puedo entrar?
Juan. Sí? qué quieres!
Marip. Lo que siempre;
dar una vuelta no mas
por vuestro cuarto; un instante
en torno vuestro girar,
y como una mariposa
que alza polvo en un rosal,
quitaros los pensamientos
que devorándoos están
la existencia.
Juan. Mariposa,
cómo te podré pagar
los cariñosos consuelos
que inútilmente me dás?
En vano tu imperturbable
alegría al derramar
en mi alma triste, das siempre
con su insensibilidad.
Tú vuelves siempre en el árbol
de mi tristeza á posar,
mariposa que posarse
crée en clavel primaveral,
y hallándole adormidera
su acibar gusta y se vá;
mas tú le gustas, te alejas
y para volver te vas.
Marip. Tal es mi instinto, maese;
mi naturaleza es tal.
Yo nací vueltas en torno
de los que amo para dar;

y procuro distraeros
para daros de solaz
un punto; si no ¿por qué
Mariposa me llamais?

Juan. Pobre Mariposa! no eres
tú, ni es ya nadie capaz
de alegrarme.

Marip. Qué teneis?

Juan. Una tristeza mortal
que me roe las entrañas.

Marip. Por qué?

Juan. Qué te importa un mal
que por mucho que te empeñes,
no has de poder remediar?

Marip. Quién sabe? La alondra vuela
como el águila caudal,
y es un pájaro pequeño.
Contadme vuestro pesar,
consejo os daré ó alivio
tal vez.

Juan. La fatalidad
no los tiene.

Marip. No es cristiano
vuestro modo de pensar.
La fatalidad es mora:
y á un buen cristiano jamás
le abandona la esperanza
que es cristiana: no hay pesar
que no tenga fin ó cura
en la tierra, Maese Juan,
si el triste ó el pesaroso
bien con su conciencia está.

Juan. Bien estoy yo con la mia.

Marip. Entonces por qué esquivais
los consuelos fraternales
de quien os los quiere dar,
llorando al menos con vos
lo irremediable, si lo hay?

Juan. Es inútil, Mariposa;
mis duelos concluirán
dentro de muy poco tiempo:
dentro de un dia quizás.
Tal vez esta misma noche...

Marip. Me habeis dicho eso un millar
de veces, y unos tras otros
vienen los dias y van...
y nunca llega ese dia.

Juan. Y acaso el que llegará
será otro.

Marip. No, maese,
ese otro dia en que dais
en pensar, no querrá Dios
hacer para vos llegar.
Dios aprieta mas no ahoga.
Mañana tras hoy vendrá;
no es siempre huracan el viento,
ni siempre el diablo ha de estar
detrás de la puerta.

Juan. El diablo?
Si hubiera uno!...

Marip. Callad!
No os oiga alguno, maese...

Juan. Tú desatinas!

Marip. Que le hay,
dice el vulgo, en esta casa.

Juan. Le has visto tú?

Marip. Yo?... jamás!
Y vos?

Juan. Yo?... yo no lo sé!...
Puede que sí...

Marip. Pues mirad;
Si es que alguna vez al diablo
os decidís á evocar,
contad conmigo: yo soy
de acompañaros capaz
á evocarle: no hay mujer

lista que no sepa mas
que el diablo, que no ha engañado
mas que á la mujer de Adan.
Y como yo no le engañe,
me dejo crucificar.
Pero hablemos formalmente,
maese; la soledad
es la peor compañera:
cuando un hombre triste dá
en andar solo, los diablos
le suelen ir á tentar
y acaba por ver visiones:
y ese va á ser el final
de estas soledades vuestras.
Vos habeis dado en andar
solo; veis á la familia
en la mesa nada mas.
Comiendo estais distraido,
llevais á la boca el pan
y lo mascais con trabajo
y á la fuerza lo tragais.
Si os preguntan por cuaresma,
respondeis por navidad;
y parece que el cerebro
se os comienza á barajar.
Creeis que yo no tengo ojos?
Sin ellos creeis que están
doña Ana y el prebendado,
ante los cuales entrais
y salís como un fantasma,
evocado nada mas
para con Juan de Colonia
veniros aquí á encerrar
como alquimistas que quieren
hacer de las piedras pan?
Un mes há que está hecho vuestro
contrato matrimonial
con doña Ana, y hace un mes

que apenas la saludais.

Juan. Tienes razon, Mariposa.
Ruin, grosero y desleal
debo haberos parecido;
mas no te puedo esplicar
lo que por mí está pasando.

Marip. Y lo que pasando está
por ella, por lo que os pasa,
y no la quereis pasar?
Creeis que es gloria? Pues es
de lágrimas un raudal
que la hace andar ojerosa,
y enflaquecer, y ayunar,
y estar en babia de dia,
y dormir de noche mal.
Y eso es lo que yo debí
deciros entrando; mas...
con mi maldita costumbre
de dar vueltas sin cesar
en derredor de mí misma
y en torno de los demás,
lo olvidaba.

Juan. Y qué es en suma?

Marip. Que doña Ana os quiere hablar
ahora que está el prebendado
solfeando en la catedral
sus maitines.

Juan. Que doña Ana
viene aquí!

Marip. La siento ya
abrir la puerta: y qué tiene
eso de particular,
si sois ya como si fuérais
casados en realidad?

Juan. No: yo iré á hablarla á su cámara

Marip. Ya es inútil: aquí está.

ESCENA V.

JUAN. ANA. *En el fondo* MARIPOSA.

Juan. Ana... tal paso... tú aquí?
Ana. Escúsame, Juan, tal paso:
pero hemos llegado al caso
de que yo te busque á tí.
Juan. Perdona, Ana, mi esquivez
hija de un íntimo afan...
Ana. Tú esquivo conmigo, Juan!
Te dí causa alguna vez?
Juan. Nunca, Ana: mas no te asombre
mi esquivez inmerecida:
porque hay trances en la vida
que mudan el ser de un hombre.
Ana. Pueden á un hombre obligar
á mudar genio ó costumbres
afanes y pesadumbres;
mas no su amor á esquivar.
Físicos ó espirituales,
del hombre á los males, Juan,
siempre lenitivo dán
las hembras que son leales.
Dió al hombre la mujer Dios
para consuelo en sus penas;
y van las mujeres buenas
del hombre afligido en pos.
Hombre que ama á una mujer
y de ella su pena esquiva,
de cumplir con él la priva
su mas gustoso deber.
Y galan que de su dama
en sus penas se desvía,
con sus desvíos la envia
á decir que ya no la ama.
Desvíos heridas son
que en el corazon recibe,

porque la mujer no vive
mas que con el corazon.

Juan. Tienes razon, Ana mia:
mujeres como tú eres,
son ángeles, no mujeres,
que Dios á la tierra envia.
Y Dios, Ana, me es testigo
de que por creerte tan buena,
es por lo que yo mi pena
esquivé partir contigo.

Ana. Al punto á que hemos llegado,
con tu esquivez no me avengo:
palabra dada te tengo:
palabra me has empeñado.

Juan. No quiera Dios que yo cargue
tu alma buena con mi afan!

Ana. Oyeme: no quiero, Juan,
que mi estancia aquí se alargue.
Tu amor tengo en mas estima
que el mas preciado tesoro:
pero atiendo á mi decoro
cuanto tu mal me lastima.
Qué tienes, Juan, que há dos meses
que andas tan triste y huraño?
tu tristeza me hace daño.
Su causa son intereses
mengüados en tu fortuna
segun colijo.

Juan. Mira, Ana...
mis penas hoy ó mañana
tendrán solucion alguna.
Ten paciencia un dia mas:
déjame solo con ellas.

Ana. No, Juan: mi fé ni mis huellas
nunca he de volver yo atrás.
Resuelta vine á saber
qué es lo que tanto te aqueja
y tanto de tí me aleja;

habla, Juan: porque ha de ser.
Yo te amo: mi amor pretende
partir tus penas contigo:
secretos tienes conmigo
y que los tengas me ofende.

Juan. No te debe de ofender:
quien ama con fé sincéra,
no es posible que hacer quiera
á quien ama padecer.

Ana. Menos lo es que esté en acuerdo
con tu opinion quien bien te ame;
déjame que á tu alma llame
la mia con un recuerdo.
Oye, Juan. Maluenda es
mi tutor y tu padrino;
me echó á su casa el destino
de estar tú en ella, despues;
y en esta casa al entrar
como en un hogar paterno,
de su santuario en lo interno
te hallé sentado á su hogar.
Vivir me hacian aislada
por razones que aun no sé:
tu conducta siempre fué
por tu honradez alabada.
Yo sencilla, tú leal,
nadie nos iba á la mano:
Ví en tí al llegar un hermano
con sencillez fraternal.
Como en casa te tenia
tu labor de imaginario,
era mi placer diario
mirar tu imaginería.
De tus manos para ver
tus imágenes salir,
acostúmbréme á vivir
todo el dia en tu taller.
Mas mi sencillez, curiosa

de tu labor, alcanzaba
que en tu taller estorbaba
mi inutilidad ociosa.
Poco á poco en tus figuras
mis manos poniendo fuí,
y ayudándote aprendí
á estofar tus esculturas.
Tres años así vivimos
debajo del mismo techo.
Largo el tiempo, corto el trecho
de tu taller... nos quisimos.
Y en vida tan familiar
en que hoy lo mismo que ayer
juntos solemos comer,
juntos vamos á rezar;
y huérfana yo en la tierra
y á tí prometida ya,
el mundo para mí está
en la casa que me encierra.
Mi esperanza, mi ventura,
mi compañía, mi amparo,
veo en tí cuanto me es caro
en mi existencia futura.
Como esos muros de piedra
en que la yedra se cria,
que íbamos á ser creía
el muro tú, y yo la yedra.
Y hoy que un íntimo pesar
tu porvenir torna oscuro,
quieres la yedra del muro
en el turbion separar?
No! Si el huracan pedazos
yedra y muro debe hacer,
Juan... el muro ha de caer
de su yedra fiel, en brazos.
Habla, pues. Qué tienes? Dí!
Habla, Juan: nada me arredra!
Yo soy para tí la yedra,

y tú el muro para mí!

Juan. Ana de mi corazon...
tu corazon es de oro!

Ana. Lloras, Juan mio?

Juan. Sí, lloro;
pero mis lágrimas son
de placer, de gratitud
al Dios que mi pena inmensa
con tu inmenso amor compensa
y con tu inmensa virtud.

Ana. Pues bien; fia en mí tu pena.

Juan. No es mia solo.

Ana. No importa.

Juan. Pues oye, Ana; será corta
mi relacion.

Ana. Norabuena.

Juan. Un magnate en cuya fé
Juan Colonia y yo fiamos,
faltó; y ahora nos hallamos
sin quien crédito nos dé.
Millon y medio debemos
á nuestra honradez fiado;
perdiérase lo gastado
y encarcelados seremos.
Seguirá otro nuestra empresa
con garantías mayores;
y al fin por estafadores
nos tendrán. Mi pena es esa.

Ana. Y es grande, Juan, y me espanta,
mas Dios aprieta y no ahoga:
fia en Dios, aunque la soga
sientas puesta en la garganta.

Juan. Ana... desespero!

Ana. Escucha.
Mi tutor me ha dicho que era
de no se quién heredera
y que mi hacienda era mucha.
Casémonos; que se cobre

quien sea, aunque se malvenda.
Viviremos sin hacienda:
el corazon nunca es pobre!

Juan. El tuyo no tiene par.

Ana. Toma uno y otra.

Juan. No quiero.
A Juan de Colonia espero,
y aun tengo algo que esperar.

Ana. Si no hay nada haremos feria
de cuanto tengo mañana.

Juan. No: con ello compras, Ana,
la deshonra y la miseria.
Nunca! Si Dios me abandona
ó no me ayuda el demonio,
conserva tu patrimonio
y olvídame.

Ana. Juan!...

Juan. Perdona...
tan ruin desesperacion:
mas hombre no puede ser
el que arruina á su mujer!

Ana. Juan... tú pierdes la razon!

Juan. Todo lo podré perder,
Ana, mas no el corazon.

Ana. Serénate!

Juan. Estoy sereno.

Ana. Acepta.

Juan. En vano porfías.

Ana. Te pierdes!

Juan. Por noble y bueno.

Ana. Me pierdes!

Juan. Son cuentas mias!

Ana. Me matas!

Juan. (*Desesperado.*) Y me condeno!

Ana. Dios mio! (*Golpes dentro.*)

Marip. Llaman!

Ana. Me voy.
Si pierdes todo sosten,

no olvides que yedra soy
que adherida al muro estoy.
Si caes, á mis brazos ven. (*Vase.*)

Juan. Alma leal donde arraiga
tan generoso heroismo!
Solo caeré, cuando caiga;
no temas que el muro traiga
tras sí la yedra al abismo!

ESCENA VI.

JUAN FERNANDEZ. JUAN COLONIA.

Colonia. Juan!...

Juan. Entrad. Sal, Mariposa.
(*Vase Mariposa.*)
Qué hay?

Colonia. Juan... todo se perdió!
Dinero, crédito y fama.

Juan. Rehusan?

Colonia. No hay transaccion:
pagar cuanto ya se debe
y el medio cuento que yo
volví á tomar del depósito,
confiando en que el señor
don Luis de Acuña debia
volver al fin.

Juan. Pero no...
vuelve?

Colonia. No.

Juan. No hay esperanza?

Colonia. Ninguna. La rebelion
se estinguió. Completo indulto
por los reyes se otorgó
á todos cuantos en armas
estuvieron.

Juan. Y él?...

Colonia. Quedó

fuera de gracia, á no estar
para la Circuncision
en su diócesis; y faltan
seis dias!

Juan. No os ocurrió
pedirles de plazo?...

Colonia. Sí!

Juan. Y rehusaron?

Colonia. Mayor
afrenta nos hacen!

Juan. Cuál?

Colónia. Juan Barahona de Alós,
el morisco, está nombrado
en nuestra sustitucion.
Mañana á pesar de ser
Natividad del Señor,
vendrán á notificarnos
que nos demos á prision.
Juan! Yo moriré de pena!
A mi edad tal deshonor!
Y mis hijos? Y mi casa?

Juan. Calmaos, padre: yo soy
el que pagaré por todos:
yo soy vuestro fiador.

Colonia. No, no, Juan! Contra nosotros
han hecho conjuracion:
Dicen que somos rebeldes;
que nunca fuimos en pro
de los reyes: que el cabildo
entero está en conexion
con nosotros y el de Acuña...
que quién sabe el buen señor
lo que pasará!

Juan. Mas cómo
él solo fué del perdon
esceptuado?

Colonia. No es él solo:
con él están otros dos

de Burgos.

Juan. Dos?

Colonia. Uno es clérigo
y otro seglar.

Juan. Quiénes son?

Colonia. El encapuchado y
don Lope de Rojas.

Juan. (Oh!
Van tres veces que esta noche
traen á mi imaginacion
su memoria. Hoy hace el año!)

Colonia. Qué piensas, Juan?

Juan. Que ės mejor
que durmamos... si podemos.

Colonia. No podré!

Juan. Tampoco yo!
Pero hemos hecho cuanto hombres
hacer pudieron. Qué Dios
se lo demande al de Acuña!
Tengamos resignacion.

Colonia. Tu resignacion me espanta!
Me dá miedo hasta tu voz!

Juan. Dejémoslo, buen anciano,
que lo pondremos peor
cuantas mas vueltas lo demos.
Idos. Con Maluenda voy
á consultarlo esta noche,
y mañana... saldrá el sol...
y veremos lo que sale.

Colonia. Sí: tal vez es lo mejor.
Me voy.

Juan. Voy á acompañaros.

Colonia. No: fuera tengo á Simon.
Quédate.

Juan. Id: y todavía
no os desespereis, que Dios
ó el diablo, aun pueden enviarnos
una buena inspiracion.

(*Le conduce á la puerta, y al abrirla vé á Mariposa y dice.*)

Tú ahí, Mariposa? Alúmbrale.

Marip. Voy.

Colonia. Adios, Juan!

Juan. Id con Dios!

ESCENA VII.

JUAN FERNANDEZ.

Miserables de nosotros!
Vamos á ser la irrision
de todo Burgos! Oh mengüa!
Toda una vida de honor,
de honradez y de trabajo
se va á hundir en el baldon
de una infamante sentencia.
Cuanto dá al hombre valor
y decoro en sociedad,
dignidad, reputacion...
mañana lo perderemos:
y hasta el nombre, porque en pós
de él irá la infamia echándole
en cada letra un borron.
Perderemos... Qué me importa
lo que pierdan otros? Yo
voy á perder para siempre
cuanto bien, cuanta ilusion,
cuanta esperanza mi alma
engañada atesoró:
y el único bien que ansiaba;
lo único que el corazon
me hacia latir; lo único
por lo que viví, el amor
de Ana! Maldita la hora
en que á esta casa llegó!
Maldita la en que sentí
palpitar mi corazon

por ella! Maldito todo
cuanto á ganar me ayudó
el suyo! Malditas todas
mis imágenes, labor
perdida con que los templos
mi talento enriqueció!
Para verme abandonado
así en la tierra por Dios,
valiera mas consagrarle
tanta rica creacion
á un espíritu infernal
que las pagára mejor!

ESCENA VIII.

JUAN. MARIPOSA, *en la puerta á tiempo.*

Marip. Maese Juan!
Juan. Qué hay?
Marip. Dios mio!
Que agitado estais!
Juan. Estoy
dado á Satanás!
Marip. Afuera
pregunta un hombre por vos.
Juan. Quién es? Qué quiere?
Marip. No sé.
Cuando Colonia salió
se me entró puertas adentro:
dice que con precision
tiene que veros.
Juan. No quiero
ver á nadie.
Marip. Me siguió
aquí...
Juan. Qué entre noramala
el imprudente!
(*Mariposa se va y cierra la puerta.*)
Encap. Aquí estoy!

ESCENA IX.

JUAN, EL ENCAPUCHADO.

Encap. Buenas noches, maese Juan!
Juan. Buenas! Quién sois?
Encap. Soy un hombre
que os estima.
Juan. Vuestro nombre!
Encap. No importa: sé vuestro plan,
y sé que daríais algo
al que os valga en él: yo tengo
medios de ello, y á eso vengo;
y soy hombre que lo valgo.
Juan. Dónde he oido yo esta voz?
Encap. No importa al caso mi faz
tampoco. Hablemos: fugaz
pasa el tiempo y va veloz.
Juan. Decís que mi afan sabeis?
Encap. Mejor que vos.
Juan. Y á servirme
venís?
Encap. Si quereis oirme,
y tambien sino quereis.
Juan. Aun contra mi voluntad?
Encap. No os estábais dando al diablo?
Pues daos á mí, que os hablo
de seros útil.
Juan. Hablad.
Encap. Yo sé mucho.
Juan. Qué?
Encap. Sé todo
lo que saber os conviene.
Encap. Y qué es?
Encap. Que el de Acuña viene.
Juan. Viene?
Encap. Sí; pero de modo
que en vez de valeros él,

su venida os perjudica.
Su ilustrísima no es rica.

Juan. No?

Encap. Fernando é Isabel
toda su hacienda embargada
tienen: es la condicion
impuesta á su sumision.
De Acuña no espereis nada.
Sus enemigos han hecho
contra él, bando de bandidos;
y hoy todos sus protegidos
estais con el agua al pecho.

Juan. Y?... (*Vacilando.*)

Encap. Ana? Hereda pingüe haber;
mas es si un hombre se muere
y si él dejársele quiere,
que por fuerza no ha de ser.
Si Ana se casa con vos,
lo hará: mas será desdoro
que pagueis vos con su oro
y os quedeis pobres los dos.

Juan. Jamás tal imaginé!

Encap. Ya lo sé; pero os lo digo...
porque de ambos soy amigo
y cuanto os concierne sé.

Juan. Sabeis?...

Encap. Cuanto vos y ella
necesitais hoy saber...
si la tomais por mujer.

Juan. Si no por mi mala estrella,
así fuera.

Encap. Para ello
no hallareis inconvenientes;
sois ricos é independientes.

Juan. Estoy con el agua al cuello,
y me salís con que soy
rico?

Encap. Y lo será doña Ana

tambien.
Juan. Cuándo?
Encap. Vos, mañana,
si conmigo tratais hoy.
Juan. No os comprendo, y á creer
comienzo...
Encap. Qué?
Juan. Que os burlais.
Encap. Yo nunca me burlo; y vais
á empezar á comprender.
Para casaros con Ana
os faltan dos cosas.
Juan. Dos?
Encap. Saber quién sois, ella y vos,
y cien mil doblas mañana.
Juan. Ana?
Encap. Es la hija postrera
de una familia proscrita,
que asegurar solicita
su ventura venidera.
Y Ana prenda de cariño,
y vos de venganza prenda,
fuísteis dados á Maluenda
ella muy niña y vos niño.
Juan. Y Ana?
Encap. No pregunteis mas
de esto: ya os prueba lo dicho
que yo no tuve capricho
de andar en burlas jamás.
Si os casais con Ana, y fiel
la sois, os dará Maluenda
cuenta de ella y de su hacienda...
cuando se la dén á él.
Juan. Eso es lo que hoy ya no espero.
Encap. Hoy ese afan os asalta
por el dinero que os falta:
mas yo os traigo ese dinero.
Juan. Vos?...

Encap. No os estábais aquí
por dinero dando al diablo?
Pues de eso es de lo que os hablo.
Juan. Sois!...
Encap. Haced cuenta que sí.
Veis que al ir á preguntarme
por Ana, os salí al encuentro:
no podeis, pues, lo que hay dentro
de vuestra mente ocultarme.
Juan. Leeis en el pensamiento!
Encap. Y sé bien que de otros dos
en quienes pensais; con vos
habló Colonia há un momento.
Y si de ellos os respondo,
es solo porque veais
que sé en qué agua os anegais
y os puedo sacar del fondo.
Juan. Los recuerdos que á asaltar
me vienen, sabeis tambien?
Encap. Sí: preguntadme por quién
me queríais preguntar;
no hay por qué de ello me estrañe;
mas de lo que en esta casa
pasa, preguntad con tasa;
no mas que lo que os atañe.
Juan. Leeis en mi pensamiento!
Encap. No! Dígoos lo que me toca:
de lo de otros, punto en boca:
preguntad, pero con tiento;
pues ya podeis calcular
que hombre no soy de venir
á Burgos á descubrir
lo que ellos quieren callar.
(Bravas tentaciones son,
amor, miedo é interés.)
Juan. (A pesar de mi afliccion
comienzo á creer que atencion
merece: veamos, pues.)

Los secretos de esta casa
sabeis vos?

Encap. Tan conocidos
me son, que en ella escondidos
sé que hay tesoros sin tasa.

Juan. Tesoros aquí?

Encap. En talegas
con el oro hasta la boca:
mas fuera imprudencia loca
en mí, dároslos á ciegas.
Quien la casa fabricó
me fió á mí sus secretos:
los que os atañen, completos
puedo fiároslos yo.

Juan. Sabeis, pues, quién la hizo?

Encap. Sí!
Don Pedro Antonio de Rojas.
De esta puerta por las hojas
le sacaron ante mí
muerto: era yo muy pequeño.

Juan. Y conoceis?...

Encap. A su hijo
don Lope? Si era canijo,
desmedrado y zahareño!
Despues se desarrolló;
clérigo á ser le forzaron;
tal vez le desesperaron,
y al fin al diablo se dió.

Juan. Y era él?...

Encap. Lo que os interesa
á vos, preguntar podeis;
lo de otros... no pregunteis,
pues vuestra cuenta no es esa.
Don Lope de Rojas va,
por los muchos estropicios
que hizo, haciendo beneficios:
y hoy en penitencia está.
Con el Papa confesó

y diz que el Papa le ha absuelto
y volverá, sino ha vuelto...
y harto ya nos ocupó.

Juan. Y el encapuchado?

Encap. Lucha
todavía encapuchado:
mas cuando esté asegurado,
él tirará la capucha.

Juan. Y sabeis?...

Encap. Yo lo sé todo;
ya os lo he dicho; pero estais
perdiendo el tiempo, y lo vais
todo á perder de ese modo.
Preguntadme sobre cosas
que necesiteis saber.

Juan. Decid.

Encap. Habeis menester
mañana sumas cuantiosas.

Juan. Esa no la necesito
saber: ya la sé y me pesa.

Encap. Mas no sabeis que más gruesa
es la que yo os facilito.

Juan. Vos?...

Encap. Yo!

Juan. Con qué condicion!

Encap. A dárosla aquí me obligo,
si de veniros conmigo
me firmais obligacion.

Juan. Irme con vos? Dónde? Cuándo?

Encap. No os deis á pensar diabluras,
porque os quedareis á oscuras
aunque un mes esteis pensando.
El negocio es muy sencillo.
Rico, en pais mas caliente
que este, necesito gente
para labrarme un castillo,
un puente, un templo, un palacio,
y en fin, cien obras maestras:

necesito manos diestras,
y las busco con despacio.
Maese Juan de Colonia
y vos, fracasado habeis
en vuestra empresa, y os veis
ahora en una Babilonia.
Tras de lo que os ha pasado
os conviene abandonar
por algun tiempo el lugar
en que habeis tan mal quedado.
Quereis que conmigo os lleve
despues de satisfacer
todo aquí? Podeis poner
plazo á gusto: largo ó breve.
Uno que no juzgue estraño
al pueblo que abandonais.
Cuando la obra concluyais;
si os place, de hoy en un año.

Juan. La propuesta si es leal...

Encap. No es tan mala: un año entero
y á mano, triple dinero
de vuestra deuda total.

Juan. La propuesta es tentadora!

Encap. El aceptarla os conviene,
porque aunque el de Acuña viene,
viene sin dinero ahora,
y vos sin don Luis de Acuña...

Juan. Sabeis?...

Encap. Ya veis que sé mucho!
Cuando me interesa, escucho,
y oigo crecer una uña.
Ya á escuchar estoy tan hecho
que ahora que de oir se trata
estoy oyendo la plata
y el oro bajo este techo.

Juan. Aquí?

Encap. Aquí. No os alarmeis
con diabólicos antojos:

aquí os lo pondré á los ojos
para que vos lo conteis.
Juan. Aquí?
Encap. Os daré el medio cuento
que por fiador perdísteis;
los jornales que no dísteis,
y cuanto hayais hecho asiento
de pagar en vuestra empresa.
Concluireis vuestra obra;
y al concluirla, de sobra
tendreis una suma gruesa.
Porque es mas lo que os daré
que lo que vos deseais.
Si á venir os obligais
al año, por vos vendré.
Juan. Es grande la tentacion!
Encap. Os va la honra, la vida
social, la mujer querida;
cuanto tiene estimacion,
á cuanto aspira y alcanza
el hombre sobre la tierra,
y el mayor placer que encierra
el de pagar: la venganza!
Juan. La venganza?...
Encap. Os han vendido,
escarnecido, estafado,
y en fin, os han afiliado
á político partido;
y mañana con el rey,
para hacerse buen lugar,
encima os debe de echar
su injusto fallo la ley.
Pagad, y se vuelve el plato;
y se recobra la vida,
la honra, la mujer querida,
y... aceptad! Es un buen trato!
Juan. Creo que me fascinais!
Encap. Es la escitacion nerviosa

de vuestro afan, cualquier cosa
maravilla imaginais.
No es mas que la exaltacion
de tantos dias de afan;
porque mis frases están
acordes con la razon.
Es un contrato cualquiera:
vos necesitais dinero;
yo os necesito y os quiero
dar labor de Burgos fuera.
Por un puñado del oro
que os falta y á mí me sobra,
podeis salir de zozobra;
recobrar vuestro decoro,
la reputacion perdida,
la libertad amagada,
la luz que os será quitada,
y en fin... la mujer querida!

Juan. Me estais poniendo, ¡ hay de mí!
á punto de enloquecer!

Encap. Dudais?... Necesitais ver?...
ver el oro? Vedlo ahí!

(*Toca en la pared á que está pegada la mesa, salta una tapa y tira sobre ella muchas talegas: una se rompe y rueda el oro por todas partes.*)

Juan. Ah!

Encap. Ved! Contad. Dicen que es
placer de avaros villanos;
mas no: cogedlo á dos manos,
pagad y contad despues.
Ese oro es la paz, la vida,
la virtud, la fé, el valor,
el porvenir, el honor,
y Ana, la mujer querida.
Ana, el ángel del hogar,
la yedra que se ase al muro;
todo eso os lo dá seguro,

ese oro con que pagar.

Juan. Sí!... Sí! Pagar y tener
libertad, honra, esperanza,
pan, lecho, hogar...

Encap. Y venganza!...
y á doña Ana por mujer!
Firmad!
(*Le pone delante un pergamino.*)

Juan. Dadme y aunque vos
seais el mismo Satanás...

Encap. (*Interrumpiéndole.*)
Firmad...

Juan. Tened!
(*Le dá el pergamino firmado.*)

Encap. Bien! Jamás...
falta á nadie, el diablo ó Dios!

(*Mientras Juan, fascinado por el oro le contempla con febril asombro, el Encapuchado se va acercando á la puerta.*)

Juan. Me parece que me baño
el corazon en este oro!
Mio!... Mio este tesoro!...
Mio...!

(*Mientras Juan está embelesado con el oro, el Encapuchado se va de puntillas, diciendo.*)

Encap. Hasta de hoy en un año!
(*Vase.*)

ESCENA X.

JUAN. *Despues* MARIPOSA.

Mio, sí! Con qué placer
calenturiento sepulto
en él mis manos, y á bulto
sus piezas hago correr!
Corre, sí, cascada de oro
que representas la vida,

la libertad, el decoro,
la luz, la mujer querida,
cuanto ansío y cuanto adoro!
Corre, cascada brillante!
Vibra, sonoro metal;
cae de mis ojos delante,
deslumbrador, rutilante,
como un áureo manantial!
(*Pausa muy breve.*)
Ay! Yo creo que deliro!
Todo ese oro!... No le quiero!
Qué es lo que he hecho? Caballero...
lleváosle! Mas qué miro?
No está! El delirio me acosa!
se fué! Si estará allá fuera?...
Mariposa!... Mariposa!...

Marip. Qué sucede? Qué os altera?
Juan. Llámale!
Marip. A quién?
Juan. Al que estaba
aquí.
Marip. Por dónde se ha ido?
Juan. Qué dices?
Marip. Que no ha salido
por ahí: yo le esperaba.
Juan. No lo quiero!... No lo quiero!...
Voy tras él!...

(*Coje atropelladamente la capa y el sombrero mientras dice:* No lo quiero! No lo quiero! *y al llegar á la puerta sale Maluenda.*)

ESCENA XI.

JUAN. MARIPOSA. MALUENDA.

Maluen. A dónde vas?
Juan. No lo sé!
Maluen. Y ese dinero?

uan. El me lo dió.
Maluen. Dí primero
quién es él.
(Tiende la capa sobre el dinero, abraza con los brazos el sitio de la mesa en que está, como para cubrirlo y defenderlo, y dice.)
uan. El? Satanás!

CAPITULO TERCERO.

Habitacion del prebendado Luis de Maluenda: puerta en el fondo que dá al exterior. Idem á la izquierda que dá al gabinete de Maluenda: chimenea grande á la derecha. Mesa en medio y muebles de la época.

ESCENA PRIMERA.

MALUENDA. *Despues* MARIPOSA.

Maluen. Este es el giro peor
que tomar pudo el asunto;
fortuna que ya está á punto
de tornar á fin mejor.
Mariposa! (*Llamando.*)
Marip. (*Saliendo.*) Qué mandais?
Maluen. Dónde está Ana?
Marip. En su aposento.
Maluen. Díla que venga un momento.
Marip. Si antes licencia le dais,
Juan de Colonia quisiera
hablar con vos.
Maluen. Pues ya tarda.
Dónde está?
Marip. Aquí fuera aguarda.
Maluen. Y por qué aguarda ahí fuera?
Colonia de casa es.
Marip. Como esperábais...
Maluen. (*Interrumpiéndola.*) No importa:
es prudente y siempre es corta
su visita: que entre pues.

ESCENA II.

MALUENDA. JUAN DE COLONIA.

Colonia. Muy buenas noches, señor
prebendado.
Maluen. Qué tenemos,
mi buen Colonia? A estas horas,
vos por esta casa?
Colonia. Vengo
á ver á Juan: pero mi hijo
Simon me ha dado el consejo
de que á hablar no entrára á Juan
sin hablar con vos primero.
Maluen. Y el consejo fué bien dado.
Colonia. Pues qué es lo que hay! Está enfermo?
Maluen. Enfermo precisamente
no está. No tiene su cuerpo
lesion ni dolencia alguna
que necesite del médico:
pero está malo.
Colonia. Está malo
y no lo está? No os comprendo.
Maluen. Pues así es como os lo digo.
Se le ha metido en los sesos
que ha hecho pacto con el diablo,
y no hay quien le apée de ello.
Colonia. Pues antes de ayer me envió
una epístola diciendo
que hoy, esta noche le urgía
que sus cuentas y su cuento...
porque es un cuento; un millon
la suma que le devuelvo,
quedáran en su poder:
y se los traigo.
Maluen. En efecto;
hoy es cuando dice Juan
que debe de estar dispuesto

á todo, porque hoy el plazo
cumple, del pacto qué ha hecho.

Colonia. Jesus! Pues qué es lo que así
le ha barajado el cerebro?

Maluen. No hemos podido sacárselo;
pero como el plazo puesto
por el diablo es esta noche,
de él esta noche saldremos.

Colonia. Siendo así, ya pocas son
las aguas malas.

Maluen. Yo espero
que al fin esta noche, ó él
desengañado, ó resuelto
el enigma de su pacto,
volverá en sí.

Colonia. Lo deseo
con el alma: porque ahora
que los bandos concluyeron,
que hay justicia vigorosa,
que las artes y el comercio
prosperan; que no hay un grito,
ni un robo, ni un descontento,
ni un desterrado; que todos
á sus hogares han vuelto,
y que el perdon de los reyes
es sin restriccion...

Maluen. Completo,
padre Colonia; absoluto;
diez dias há que vinieron
las órdenes de los reyes
y del nuncio, previniendo
que hasta don Lope de Rojas
volviera á tomar asiento
y cóngruas en el cabildo.

Colonia. Y cuando á ese le han absuelto...

Maluen. Ya puede venir el mismo
encapuchado!

Colonia. Qué buenos

sustos nos dió aquel maldito
encapuchado en aquellos
dias de sitio!

Maluen. En aquellas
noches direis: mas todo eso
es ya cosecha vendida,
cuenta rota y cuentos viejos.

Colonia. Es verdad. Con que es decir
que al pobre Juan ver no puedo?

Maluen. Sí que podeis, buen Colonia:
vos sois hombre circunspecto,
y con no daros con él
por entendido...

Colonia. No tengo
mas que hacer que darle todas
las cuentas, que están con sellos
del juez, y la carta-órden
para el señor tesorero
del señor don Luis de Acuña:
quien como le devolvieron
los reyes hacienda y renta,
hace mas de mes y medio
que sus cuentas con nosotros
ha saldado por completo:
y es lo que cobrarle falta
y pide Juan; aunque el crédito
sabe ya que lo tenia
yo en mi poder: pero feo
me pareció ir á cobrar
con premura.

Maluen. Por supuesto.
Lo que hagais estará bien:
id y despachad, que luego
iré yo.

Colonia. Que Dios os guarde,
señor Maluenda.

Maluen. Id, buen viejo.
Mariposa! Alumbra á Juan

de Colonia... y con respeto!
(*Sale Mariposa.*)

Marip. Perded cuidado.

Maluen. Y avisa
á Ana.

Marip. Os la envio al momento.

ESCENA III.

MALUENDA.

Bravo hombre! De estos hay pocos:
la raza se va perdiendo:
Setenta años tiene, y marcha
con cuerpo y alma derechos.
Dios ponga tiento en su lengua
con Juan; y á mí me dé tiento,
con él tambien esta noche,
pues no sé por qué me temo
alguna diablura. Vaya,
ya viene Ana. Comencemos
á allanar dificultades.

Ana. Puedo entrar?

Maluen. Adentro! Adentro!

ESCENA IV.

MALUENDA. ANA.

Ana. Fué á decirme Mariposa...
que me llamábais.

Maluen. Es cierto.
Necesito hablar contigo.
Con que siéntate, y hablemos.
Quieres mucho á tu marido?

Ana. Con el alma. Era tan bueno!...

Maluen. Y volverá á serlo.

Ana. Nunca!

Loco está!
Maluen. Reflexionemos,
Ana.
Ana. Está loco! Está loco
para siempre: no hay remedio.
Maluen. Yo espero que le haya, escúchame.
Si de esta noche podemos
sacarle y desengañarle...
Ana. Esta noche es la que temo
yo.
Maluen. Es natural: tiene fijo
en el plazo el pensamiento.
Ana. Pero decidme, señor
prebendado, vos que de eso
debeis entender ¿podrá
ser verdad que?...
Maluen. Ni por pienso!
Ana. Es que dicen que esta casa...
Maluen. Hablillas del vulgo necio!
Tambien á mí me lo han dicho:
mas si le tiene en efecto,
sólo es guardian que nos vela
y nó espíritu molesto.
Ana. Es verdad. Mas yo ya dudo...
Maluen. Fia en mí. A lo que comprendo,
Juan, en la fiebre del oro
que le acosaba, al infierno
invocó cuando á su cuarto
entró el que venia el préstamo
á proponerle.
Ana. Mas ¿quién
pudo?...
Maluen. Cualquiera, sabiendo
la situacion del negocio
que era público, y por buenos
pagadores reputándoles,
pudo intentarlo y hacerlo.
Juan en la fiebre del oro

firmó el trato: y el dinero
al ver delante de sí,
debió de hacerle un efecto
tal en la imaginacion,
que olvidado del sugeto
y recordando que al diablo
invocaba en el momento
de entrar él, cree ahora que es
el diablo quien le hizo el préstamo.

Ana. Pero si dice que el hombre
desapareció.

Maluen. En efecto:
si el que era vino á salvarle
con un favor, caballero,
para guardar el incógnito,
dió la vuelta lo mas presto
que pudo. Si era un judío
que hacer negocio logrero
se propuso, en cuanto lo hizo
se fué con su documento
firmado: Juan, viendo el oro
no le vió á él; y así entiendo
yo la desaparicion
y el hallazgo del dinero.

Ana. ¿Y Mariposa que dice
que no le vió?

Maluen. Si durmiendo
se estaba ella en la antesala
cuando él se fué, yo lo creo.
Buen testigo es Mariposa!
Tan bueno como el insecto
cuyo nombre la habeis dado
por su ligereza; pero
vamos á ver si esta noche
convencer á Juan podemos.

Ana. Si hoy cumple en verdad el plazo
y viene el que es...

Maluen. Le veremos.

¿Qué puede pedir? La suma
con un interés inmenso
tal vez: pero entrará en cuentas,
y aunque cobre algun esceso
se le pagará, que ahora
lo que nos sobra es dinero.

na. Es que lo que dice Juan
no es que ha de venir por ello,
es que ha de venir por él.

aluen. En fin, si viene, veremos
á lo que viene: y si no,
á Juan tranquilizarémos.
Venga ó no venga, tú estate
prevenida á todo evento,
y ayúdame á preparar
á Juan: porque lo que quiero
yo, que venga ó que no venga,
es que esta noche acabemos.

na. Y yo tambien; porque paso
algunas...

aluen. ¿Pues dió en estremos
Juan?

na. Al principio era solo
manía de contar cuentos
de aparecidos... visiones
de anacoretas... con ellos
me entretenia escuchándole.
Despues empezó proyectos
raros á hacer y á echar planes
de grandes viajes, de inmensos
trabajos maravillosos
y babilónicos, hechos
por encargo de un gran príncipe
que reina lejos!... muy lejos!
pero empezó con diciembre
á formular sus primeros
delirios con el demonio,
y á contar casos horrendos

:

de pactos con Satanás;
hasta que anteanoche en medio
de las tinieblas, convulso
de afan, de sudor cubierto,
le sentí que me abrazaba
arrancándome del sueño,
y me decia al oido
muy bajo... «Ana, soy un réprobo!
»Me he vendido á Satanás
»y venir por mí le siento!»
Dí un grito: en la oscuridad
sujeté sus brazos trémulos,
y él diciéndome seguia:
«Háblame, Ana, tengo miedo!»
Mas yo no podia hablarle.
Encendí luz... y en el lecho
me le encontré incorporado,
pálido como un espectro,
desencajados los ojos,
y erizados los cabellos.
Entonces yo fuí, señor,
yo fuí la que tuve miedo.
Muda, aterrada y atónita
le contemplé, los reflejos
de la lámpara á los ojos
asestándole: volviéndolos
él á la luz, poco á poco
fué desenarcando el ceño:
una sonrisa tristísima
poco á poco apareciendo
fué en sus labios contraidos;
y al fin, los brazos al cuello
echándome, rompió en llanto,
y yo recobré el aliento.

Maluen. Y en fin?...

Ana. Volvió el infeliz
á cobijarse diciendo:
«Perdóname, Ana, soñaba,

»y son horribles mis sueños!
»Mata la luz, y volvamos
»á dormirnos, si podemos.»
Y no pudimos! Los dos
nos quisimos en silencio
engañar el uno al otro;
y el sol nos halló despiertos.

aluen. ¿Y recordó al otro dia?...

na. No: desde entonces no ha vuelto
á decirme una palabra;
pero es peor su silencio.

aluen. Ana, es preciso arrancarle
de ese delirio funesto.
Es preciso hablar á su alma.
Es preciso que en el pecho
le busques el corazon
ahogado por el cerebro.
Apaga su fantasía
con la fé y el sentimiento.

a. Lo intentaré: mas será
en vano.

luen. Voy á traértelo.
No quiero que se esté solo
en su cámara un momento.
Voy á que Juan de Colonia
le deje en paz: porque quiero
que esta noche reunidos
todos en familia estemos.

a. Yo tambien.

luen. Pues voy por él,
y á Mariposa te dejo.
¿Mariposa?

rip. (*Saliendo.*) Señor?

luen. A Ana
acompaña mientras vuelvo.

ESCENA V.

ANA. MARIPOSA.

Marip. Me manda que compañía
te haga: lo que en buen romance
significa... á todo trance
«que reviente ó que se ria.»
¿Quieres, pues, Ana empezar
por un lado á sonreir?
Porque ó tú te has de reir
Ana, ó yo he de reventar.
Ana. ¡Cuánto envidio, Mariposa,
tu inagotable alegría!
Marip. Es naturaleza mia,
y en el alma me rebosa.
Ana. No tomas á pechos nada.
Marip. Tomo al tiempo como viene.
Ana. Yo no puedo.
Marip. Por higiene
debias tú...
Ana. Ya casada,
¿cómo no me han de apenar
las penas de mi marido?
Marip. ¿No tienen plazo, y cumplido
hoy no debe de quedar?
Ana. El lo dice.
Marip. Pues mira, Ana,
deja que el plazo concluya,
y cantarás aleluya,
ó te apenarás mañana.
Ana. Todo lo tomas á juego:
nada hay para tí formal.
Marip. Ni hay pena que por mortal
no tomes tú desde luego.
¿Qué dice Juan? Que ha hecho pacto
con un diablo que vendrá
por él aquí hoy. ¡Ojalá

que sea un demonio exacto!
na. Jesus!
farip. Déjale venir.
Maluenda es grande exorcista
y no hay diablo que á su vista
ose con Juan embestir.
En cogiendo él el hisopo
verás, aunque sea un diablazo,
como al primer hisopazo
se vá sacudiendo el jopo.
na. Eres capaz, Mariposa,
de reirte de tu entierro.
arip. Es que yo nunca me aterro
como tú, por cualquier cosa.
na. ¿Cualquier cosa un miedo tal
que trastorna su razon?
Tú no tienes corazon,
Mariposa, y me haces mal!
arip. Corazon de sensitiva,
si corazon no tuviera
Mariposa, no viniera
á alegrarte compasiva.
Yo creo en Dios, y no creo
en el diablo en quien tú crées,
y ni veo lo que ves,
ni ves tú lo que yo veo.
na. Bien ves que me estoy ahogando.
arip. Y porque te veo ahogar,
para ayudarte á nadar
te estoy una mano dando.
Pero tú me la rechazas
en tu egoista afliccion,
negándome un corazon
que tú misma despedazas.
Escucha, Ana: desde niñas
vida comun hemos hecho:
mi madre te dió su pecho;
juntas las siembras y viñas

de Quintanilla corrimos,
al par con las mariposas
que alegraban revoltosas
sus espigas y racimos.
Crecimos: y una mañana
nos vinieron á decir,
que tú te debias ir
de allí, y que no eras mi hermana.
Yo no pude comprender
cómo mi hermana no era
la de quien la vida entera
ví con la mia correr;
y dije: «Donde Ana vaya
»tengo de ir yo:» á tí me así,
y vine cosida á tí
como la alforza á la saya.
Diéronnos aquí á entender
que tu vida era un misterio:
tú lo echaste por lo serio;
yo no lo quise creer.
Un misterio que te hacia
dichosa y acomodada,
que no te estorbaba en nada,
ni con Juan que te queria:
misterio me pareció
que no me debia hacer
esta alegría perder
que Dios al nacer me dió.
Tú al revés; preocupada
con tu insondable misterio,
has llevado por lo serio
tu desdicha imaginada.
Sensitiva impresionable,
de fé y de sentimiento rica,
tu buena fé santifica
tu tristeza inesplicable:
y somos en conclusion,
Ana ingrata, dos mujeres

de distintos caractéres
pero de buen corazon.
Y sinó ¿quién en el duelo
de tu ruin melancolía,
te daba con su alegría
fuerza, esperanza y consuelo?
Dí, tórtola quejumbrosa,
¿cuándo en esas horas malas
aire al alma con sus alas
no te dió tu Mariposa?
¿Cuándo no ha tomado á empeño
alegrar tu pena santa,
como pájaro que canta
para placer de su dueño?
¿Quién amparó tus amores?
¿Quién de tu amor los pesares
arrulló con sus cantares
como hacen los ruiseñores?
¿Quién el lecho te mullía?
¿Quién el sueño te velaba?
¿Quién de tu cariño esclava
vivió á tus pies noche y dia?
Sensitiva cosquillosa
que te crispas con esceso...
dóblate á tomar el beso
que te dá tu Mariposa.

na. Dámele y á mi afliccion
perdona nímios agravios.

arip. Tómale, y mira en mis labios
si sientes mi corazon.

na. Cuánto, hermana, te agradezco
que me hayas hecho á la par
llorar y reir, por dar
consuelo á lo que padezco.

arip. Volvamos, pues, á tu pena;
y déjame, si á ello alcanza
mi fé, que te dé esperanza
en tu mala noche-buena.

Ana. Tengo de ella mucho miedo.
Marip. Yo no.
Ana. A mí no se me pasa
lo de que anda un diablo en casa.
Marip. Sí que anda; pero anda quedo.
Ana. Le has visto?
Marip. En la casa anduvo
la noche-buena en que Juan
riñó con el capitan;
y bien con él se las tuvo
el diablo, á lo que escuchar
pude tras la puerta alerta:
y áun ver creí por la huerta
con él al diablo cargar.
Ana. ¿Eso viste y lo has callado?
Marip. Yo sé que en casa algo pasa,
pero no hay diablos en casa.
Ana. ¿Pues y el del año pasado?
Marip. Yo de Juan el aposento
abrí á un hombre, que escapó
sin duda mientras que yo
me ausenté por un momento.
Quien quier que fuese, un tesoro
vino á tiempo á dar á Juan;
y Ana, los diablos no dán
para hacer iglesias oro.
Si cree Juan que hoy es el dia
del plazo y que el diablo era,
ó esta es su noche postrera,
ú hoy cura de su manía.
Ana. ¡Jesus!
Marip. De misterios, creo
los de la fé; y nunca he visto
diablos; ni á donde yo asisto
creo mas que lo que veo.
Si aquel hombre era un demonio,
era un demonio ausiliar,
pues vino á Juan á salvar

y á allanar tu matrimonio.
La primera vez que vino
nos libró del capitan:
la otra millones dió á Juan:
no es un diablo tan dañino.
Con que déjale llegar,
que no armará un terremoto
siendo un diablo tan devoto
y en casa tan familiar.

Ana. Capaz eres, Mariposa,
de animar al mismo miedo.

Marip. Yo aturdida no me quedo
como tú por cualquier cosa.

Ana. De todas maneras Juan
me dá mucha compasion.

Marip. Y tienes mucha razon;
mas hoy saldremos de afan.
Siento á Maluenda venir
con él. Dá aliento á su alma
y házle que espere con calma,
si viene, al que ha de venir.

Ana. En el afan que me acosa
yo haré cuanto pueda hacer.

Marip. Llámame, si has menester
de mí.

Ana. Gracias, Mariposa.

ESCENA VI.

ANA. MALUENDA. JUAN. MARIPOSA.

(Juan, pálido y sombrío, entra delante de Maluenda, como conducido allí por éste. Ana les sale al encuentro. Mariposa, viene detrás de Maluenda. Acercan un sillon á Juan, que se sienta al fuego con decaimiento.)

Maluen. Eh! Ya estamos aquí todos
juntos. Acércate, Juan;

sé hombre!

Juan. Vos le habeis visto
conmigo.

Maluen. Y nos hizo mal?

Juan. Es que aquel era y no era.

Maluen. ¡Que siendo hombre seas capaz
de dejar que te domine
supersticion tan vulgar!

Juan. Teneis razon: lo comprendo
yo mismo: veo que está
con el sentido comun
en contradiccion... y están
los libros llenos de casos
de esos... los oí contar
desde muy niño en la escuela;
y lo que en aquella edad
se aprende... se queda siempre
impreso... Sí que vendrá.
Es infalible... á las ánimas:
y creo que van á dar!
(*Con espanto.*)

Maluen. Falta mucho todavía.

Juan. Mucho?... Permitidme hablar
con Ana... pero avisadme
cuando estén para dar ya.

(*Vanse Maluenda por la izquierda y Mariposa por la puerta del fondo.*)

ESCENA VII.

ANA. JUAN.

Ana. Serénate, Juan: medita
que no es posible que sea
lo que dices; no hay quien crea
lo que á tí el juicio te quita.

Juan. Yo mismo no me convenzo
de que lo puedo creer:

pero lo creo, y al ver
que lo creo me avergüenzo.

Ana. Mas ¿cuál es tu compromiso?
¿Qué firmaste?

Juan. No lo sé.
Le llamé... vino... y firmé
sin mirarlo... lo que quiso.
Yo necesitaba oro;
mucho oro... fiebre sentia
de oro... y en tal agonía
no ví mas que aquel tesoro.
Aquel oro era la vida,
la libertad, el honor,
el porvenir, el amor,
Ana, la mujer querida.
Se apareció de improviso...

Ana. Se apareció?

Juan. Le evoqué
yo mismo... y vino... y firmé
yo no sé qué... lo que él quiso.
Yo necesitaba oro;
aquel oro era mi vida,
mi honor, la mujer querida,
eras tú: con tal tesoro
al otro dia salvé
vida, porvenir, honor:
logré tu mano; y de amor
embriagado... le olvidé.
Mas segun fué poco á poco
pasando el año... en setiembre
me acordé de él... en noviembre
le tuve miedo... y no invoco
ya á Dios, porque ya no puedo;
y hoy ya no acierto á pensar
mas que en la hora que va á dar.
¡Háblame, Ana! Tengo miedo!
¡Háblame!...

Ana. Juan, desvarías!

Recuerda las circunstancias
de la escena. Qué ganancias
te pidió? qué grangerías?

Juan. Ninguna: dijo... «os daré
mas de lo que deseais,
si á venir os obligais
al año: por vos vendré.»

Ana. Recuerda bien: no te pones
en situacion; no te cuidas
más que de esa, Juan, y olvidas
sus restantes condiciones;
porque lo que él vino á hacer
fué un buen negocio; y sin duda
al veniros en ayuda
sabia que lo iba á ser.

Juan. Ana, él lo sabia todo.
Pregúntame, dijo; y yo
le pregunté, y él me dió
los medios, la causa, el modo
de vivir de ellos, de tí,
de mí, de todos; sabia
tu historia, la de él, la mia.

Ana. ¿La tuya y la mia?...

Juan. Sí.
De una familia proscrita
tú heredarás grande hacienda;
y á mí, de venganza prenda,
no se quién me necesita.
Nada ignoraba; de modo,
Ana, que él tiene que ser:
sólo Dios y Lucifer
son los que lo saben todo.

Ana. ¡Dios mio, se vuelve loco!

Juan. No, Ana, no: estoy en mi acuerdo.
Escucha lo que recuerdo
porque el tiempo es ya muy poco.
Yo le firmé su papel;
y en él sé bien que me obligo

en el plazo que te digo...
nada más que á irme con él.
na. ¿A irte?
uan. Sí.
na. ¿Dónde?
uan. Lo ignoro:
mas fué el trato: lo recuerdo
bien! y si me voy, te pierdo,
Ana; y yo te amo! te adoro
más que nunca en esta hora
en que estoy para partir:
porque por mí ha de venir...
y la angustia me devora!
Ana, mi única pasion,
segun se acerca el momento
que se me desgarran siento
las telas del corazon...
Tú sola en él has entrado;
tú sola, tú. Desde niño
no he tenido otro cariño;
ni aún á mis padres he amado,
pues nunca les conocí;
antes de verte, queria
mi arte, mi imaginería:
pero después, solo á tí.
Pensar que te he de dejar
y que te voy á perder,
es lo que de enloquecer
me hace tan próximo estar.
Porque siento que vacila
mi cerebro, Ana: y á veces
comprendo que mil sandeces
mi supersticion apila:
que en lo posible no se halla
lo que yo creo haber hecho:
y las dudas en mi pecho
se dán furiosa batalla.
a. No puede ser.

Juan. ¿Mas si fuera?
Los libros dicen que puede.
Que fuera él, sé que escede
toda razon... ¿mas si él era?
Ay! sea ó no sea él,
áun no siendo mas que un hombre
de quien ignoro hasta el nombre,
yo le he firmado un papel:
y en él sé bien que me obligo
á seguirle en el momento
que venga... y venir le siento,
y si viene...

Ana. Ni un testigo
tiene, Juan; fué una sorpresa:
puedes decir...

Juan. Es inútil;
toda razon será fútil.
El dirá... «tu firma es esa:»
y armado de su papel
me puede con él llevar;
y te tendré que dejar
para marcharme con él!
Porque tú, Ana, no querrás...
ni es justo... ni yo te puedo
obligar... Ay! Tengo miedo
de perderte, Ana!

Ana. Jamás!
Somos marido y mujer,
Juan; y unidos ante Dios,
nadie puede entre los dos
lo hecho ante Dios, deshacer.
Si tienes obligacion
de irte, yo iré donde vayas.
No habrá clima, no habrá playas,
mar, desierto, ni rincon
de la tierra conocida,
donde yo tras tí no arribe:
Juan... la buena esposa vive

de su esposo con la vida.
Como esos muros de piedra
donde la yedra se cria
somos, Juan. Tu vida es mia
y el muro tú; yo la yedra!
(*Se abrazan.*)

..an. Ana de mi corazon,
tú me haces volver en mí.
(*Aldabonazo á la puerta esterior, lejos.*)

..a. Dios mio!

..an. ¡Llamaron!...

..a. Sí!

..an. ¡Aun las ánimas no son!

ESCENA VIII.

ANA. JUAN. MALUENDA. *Luego* MARIPOSA.

..a. Llamaron. (*A Maluenda.*)

..luen. ¡Quién puede ser?

..an. No abrais!... No abrais...

..luen. Juan, si él fuera.
por la puerta no viniera:
de llamar no há menester.

..rip. (*Saliendo á la puerta.*)
¡Señor!... ¡Señor!...
(*A Maluenda, quedando indecisa.*)

..luen. ¿Qué traes?

..a. (*Impaciente.*) Di por Dios!

..rip. Traigo al diablo de mi en pós.

..luen. ¿Qué es lo que hablas?

..rip. Sé lo que hablo.
Aguardábamos un diablo,
pero creo que son dos
los que á casa dán la vuelta.

..luen. Dos?...

..rip. Dos. El que llama es otro.

..luen. Acaba y tu diablo suelta,

que nos tienes en un potro.

Marip. (*Anunciándole.*)
Ahí vá. El capitan Revuelta.

Juan. El capitan!

Maluen. Díle que entre.
¿Adónde vas?
(*A Juan que se levanta.*)

Juan. Por mi espada.

Maluen. Juan, no es tuya esta jugada:
no quiero que aquí te encuentre.

Juan. Si mi ruin supersticion
puede al diablo darme miedo,
guardar de un hombre no puedo
la cara ni el corazon.

Maluen. Si te les viene á buscar
yo haré que te les encuentre.

(*Aparece el Capitan en la puerta y oye decir Maluenda.*)
Entrate allí.

ESCENA IX.

ANA. JUAN. MALUENDA. EL CAPITAN. MARIPOSA.

(*En la primera parte de esta escena, á una señal de Maluenda, Mariposa arregla muy brevemente la mesa, con lo necesario para ello que habrá en un aparador. Tan brevemente que no interrumpa la narracion del Capitan.*)

Capitan. (*Saliendo.*) Que no entre;
porque habrá que irle á llamar.

Juan. No tendreis ese trabajo.

Capitan. No os hincheis como una esponja
con la ira: soy una monja,
no un capitan: tened cuajo.
Ved: de mi cinto en los broches
no hay garfio ni gavilan

para espada. Buenas noches,
don Luis. (*Volviéndose á Maluenda.*)

Maluen. Buenas, Capitan.

Capitan. Estos mozos son ya esposos?
(*Mirando á Juan y á Ana.*)

Maluen. Sí; ya lo son.

Capitan. Lo celebro!
(Aun la iba á echar un requiebro.)
Que Dios les haga dichosos.

Maluen. Gracias! Mas esta visita,
en que con asombro os hablo
¿á quién debemos?

Capitan. Al diablo,
que me ha dado aquí una cita.

Todos. ¡El diablo?

Capitan. Así es la verdad:
mas no vais á comprender
si no os doy un hilo.

Maluen. A ver,
Capitan; vuestro hilo hilad.

Capitan. Pues es toda una leyenda
de un cuento caballeresco;
aunque el cuento ya no es fresco.
Mas decid, señor Maluenda
¿estais en casa de pié
siempre? (*Se sientan.*)

Maluen. Escusad el descuido.

Capitan. Creo que os ha sorprendido
mi visita, y no hay por qué.
Vais á ver, si me escuchais,
que es la cosa mas sencilla
del mundo.

Maluen. Como en Castilla
no os creíamos...

Capitan. Y estais
en la verdad: aposento
me han dado, y no he estado mal,
lejos.

Maluen. Dónde?

Capitan. En Portugal.

Maluen. En qué sitio?

Capitan. En un convento.

Maluen. De qué ciudad?

Capitan. De Coimbra.
Por cierto que haciendo están
gran templo en él, y ya van
asentándole la cimbra.
Mucho podia ganar
allí un buen imaginario.

Maluen. ¿A tan lejano santuario,
cómo fuísteis á parar?

Capitan. Cuando en la edad venidera
se ocupen de nuestras cosas,
han de encontrar muy curiosas
las cosas de nuestra era.
Vereis. El encapuchado
me atrapó aquí, me llevó
al castillo, y me plantó
del patio en mitad, cercado
de todos los capitanes
rebeldes, sus compañeros:
conocidos caballeros
todos: el señor de Blanes,
Zúñiga, Quintana Orduña,
Velasco el comendador,
Castro, y por fin el señor
obispo don Luis Acuña.
Competente era el senado
para su intento: y así
puesto delante de mí
me dijo el encapuchado:
«Os desarmé por sorpresa;
»os voy, pues, á devolver
»vuestra espada; mas va á ser
»con la condicion espresa
»de que quedará el vencido

»á merced del vencedor,
»como en un campo de honor
»ante jueces mantenido.
»Aceptais?» Dije que sí.
Yo pensaba ahorcarle á él;
conque era torta con miel
tal oferta de él á mí.
Antorchas nos encendieron
en los postes. Se veia
como si fuera de dia;
y en el círculo que abrieron,
juramos fiar los dos
la liza, como cristianos,
al poder de nuestras manos,
y á la voluntad de Dios.
Las suyas no tienen par,
é ignoro si le ayudó
Dios ó el diablo; pero yo
me sentí el hierro sacar
del puño segunda vez
por aquel hombre, que alcanza
de Satanás la pujanza,
el brio y la rapidez.
Hombre soy; pero él es más.
Mi espada asiendo caida
me dijo: —«Teneis la vida
»en poder de Satanás;
»mas vivid. La faz no os doy,
»porque nunca de la cara
»el disfraz que me enmascara
»quito, y se ignora quién soy.
»Mas vos sois mio. Os prohibo
»volver espada á llevar,
»ni en Juan ni en Ana á pensar,
»ni en otro que aun está vivo:
»vuestro hermano don Miguel;
»y estareis pronto á acudir
»adonde os ordenen ir

»algun dia el diablo ó él.»
En cuanto mentó á mi hermano,
caí en que podia él mismo
serlo: pero fué un abismo
el hombre, y le sondé en vano.
Del castillo nos salimos
por un subterráneo: á uña
de caballo él, el de Acuña,
otros dos y yo, partimos
á Portugal; y dejándome
bajo palabra enclaustrado,
en el convento me he estado
aburriéndome y callándome.
Mas una carta suscrita
por el diablo recibí,
en la cual me dá hoy aquí
al toque de ánimas cita.
Dice: —«En casa de Maluenda
»os pondrá el diablo á la mano
»vuestra espada y vuestro hermano.»
Que lo esplique quien lo entienda.

Maluen. Os estimo, Capitan,
vuestra franca narracion.

Capitan. (*A Juan.*) Ya veis cuál mi posicion
es con vos, maese Juan.
Por eso os he detenido.
Si os sorprende mi visita,
el diablo, que aquí me cita,
nos dirá á lo que he venido.

Juan. ¡Vendrá?...

Capitan. Seguro: y es llano
que uno solo son los tres:
si el Encapuchado no es
el diablo mismo, es mi hermano.

Maluen. Tal creeis?

Capitan. No tiene vuelta:
ó el diablo ó el millonario
cuyo nombre hereditario

es Rojas tras de Revuelta.

aluen. ¿No puede ser otro Rojas?

apitan. Don Lope? No: estoy muy cierto.
Don Lope me hubiera muerto
con una de las dos hojas.
Porque él debe de mi hermano
los millones de guardar,
y él ó yo hemos de heredar
de Miguel; conque en la mano
teniéndome, y á malsalva
pudiendo cortarme el cuello,
asiera por el cabello
la ocasion, que no era calva.

lluen. Es un modo de pensar
poco cristiano.

pitan. Mas es
muy exacto: y al revés
no me lo sé yo esplicar.
Conste, pues, que yo he cumplido.
Si falta ese personaje
á la cita, aquí hospedaje
tendreis que darme; os lo pido
para esperarle hasta que él
venga ó avise que no;
porque no he cejar yo
ni al diablo ni á San Miguel.

lluen. Bravo hombre sois.

pitan. No es razon
que crea el que me ha vencido
por las armas, que ha podido
achicarme el corazon.
Mas mucho tiempo se pasa,
y yo que cansado vengo...

luen. Teneis apetito?

pitan. Tengo
un poco.

luen. Pues hareis en casa
colacion.

Capitan. Cuanto antes fuera,
fuera mejor.

Maluen. Pues es cosa
del momento. Mariposa?
(*Aparece Mariposa á la puerta.*)
Sirve la cena.

Marip. Ya espera
separada de la lumbre.

Maluen. Pues á la mesa.

(*Se acercan á la mesa; y mientras el Capitan deja pasar á Ana que estaba á su derecha por delante de él, Maluenda dice aparte á Juan.*)

Ea, Juan,
que no entienda el Capitan
tu miedo, ó á pesadumbre
tome tu hosquedad con él.
¿No te humilla el ver que él toma
lo del diablo tan á broma?

Juan. A saber yo que era aquel...

Maluen. (*Interrumpiéndole.*)
Un hombre: recobra el brio.

(*Maluenda, viendo que el Capitan espera, se coloca en su sitio é indica el suyo á los demás. La silla del centro, que queda de espaldas á la puerta, es la señalada para el que ha de venir, y queda vacía. A la derecha Maluenda. El Capitan á su derecha, en el lado derecho de la mesa. A la izquierda del sitio vacío, Ana; en el lado izquierdo de la mesa, frente al Capitan, Juan; cuando Mariposa sale á tiempo y coloca la sopera en la mesa, lo hace por el lado vacío de ésta que es el que dá al público, retirándose inmediatamente y habiendo dejado al salir abierta la puerta.*)

Aquí, Capitan: allí
tú, Ana; ahí Juan: y aquí
dejo este puesto vacío
para él, si venir le place.

Capitan. Sois un hombre, prebendado.
Si él á la cita que ha dado
falta, él sabrá lo que hace.
(Viendo que Juan permanece sombrío y mudo, dice aparte.)
(Qué tendrá áun ese mancebo?
Pues por mi parte he cumplido:
mas si él no está convencido,
comenzaremos de nuevo.)
(Maluenda, que ha sorprendido la mirada del Capitan á Juan, dice al Capitan.)
Maluen. Tal vez á poca hidalguía
tendrá el que no se le aguarde.
Capitan. Llegar á tiempo no es tarde;
pero antes, es cortesía.
Maluen. Decís bien.
Capitan. Y aunque él con cena
puesta á su cita no invita,
suponer debió en su cita
que se cena en noche-buena.
Maluen. Bravo hombre sois!
Capitan. Así soy:
sus modos cada cual tiene.
Crip. Sopa de almendra. *(Poniéndola.)*
Capitan. La doy
mi bien venida; y si viene
tarde el diablo, que no cene.
(Se oyen campanas lejanas, lo mismo que en el fin del acto segundo.)
Juan. Las ánimas!
Cap. *(Sale.)* Aquí estoy.
Juan. / *Capitan.* } (El és!) *(Todos en pié.)*

ESCENA ÚLTIMA.

MALUENDA. JUAN. ANA. EL CAPITAN. MARIPOSA. EL ENCAPUCHADO, *con la espada del Capitan debajo del brazo, y sin la suya en el cinto.*

Capitan. Antes de llevar
bocado alguno á la boca,
mis cuentas á mí me toca
con vosotros ajustar.
Maluen. Antes? Nada hay que nos fie
con vos ni aun breves instantes?
Encap. No: mas se arreglarán antes
de que la sopa se enfrie.
Maluen. ¿Tánta prisa?...
Encap. Hoy á mí Dios
el mundo social me cierra,
y no puedo hoy en la tierra
dejar cuentas de mí en pos.
Maluen. Mas quien quier que podais sér,
podreis nuestra mesa honrar.
Encap. No puedo asiento tomar
ni á mesa puesta comer.
Maluen. ¿Quién sois, pues?
Encap. Un acreedor.
Tengo una firma de Juan
y tengo del Capitan
una palabra de honor.
Maluen. Y prontos están á hacer
honor á firma y promesa;
mas quién les dá tanta priesa
para ello querrán saber.
Capitan. Yo sí.
Juan. Y yo.
Encap. Ya lo sabreis.
Vos, que há un año en vuestro hogar
á su diablo familiar (*A Maluenda.*)
no veis, quien soy bien sabeis.

lluen. Yo de vos sé historias cojas,
é inconexas; y una ó dos
ciertas, por lo que de vos
me da dicho Lope de Rojas.
cap. Lope de Rojas su casa
por mí os confió, y sujeto
estais á guardar secreto
de lo que en su casa pasa.
Lope fué quien ideó
al diablo el encargo dar
por Ana y Juan de velar,
y por él les velé yo.
De ello sabe alguna cosa,
aunque al secreto sujeta,
le guardó bien la discreta
y avispada Mariposa...
Por él, con infernal tacto,
de oro en su febril afan,
obligué conmigo á Juan,
há un año á firmar un pacto.
Por él tras Revuelta dí,
le cojí y le desarmé;
y está por palabra y fé
de hidalgo, sujeto á mí.
itan. Y he cumplido como tal:
mas á ver estoy resuelto
por qué os presentais envuelto
en un misterio infernal.
n. Y yo, si sois sólo un hombre,
decidido á demandaros
por qué os plugo presentaros
á mí con tal faz y nombre.
Me habeis dado un año entero
de afan!
ap. Justa punicion
de vuestra supersticion
y de la sed de dinero.
Mas ¿dígeos quién era yo?

Vida y honra me debeis;
y negarme fé podeis,
agradecimiento no.
Mas hoy que cargos á hacer
vengo y cuentas á cerrar,
punta ni hoja ha de quedar
por asir ni por volver.

Capitan. Pues no hay pocas puntas sueltas,
ni por volver pocas hojas!
Sudareis, si andan los Rojas
revueltos con los Revueltas.

Encap. Todas las hojas y puntas
por volver y por atar,
os las vengo yo aquí á dar,
Capitan, vueltas y juntas.
Y no será culpa mia
si al juntar puntas y hojas,
los Revueltas y los Rojas
no se juntan todavía.

Capitan. Pues empezad á cojer
y á volver puntas y hojas;
y empecemos por los Rojas.

Encap. ¿Qué de ellos quereis saber?

Capitan. Lo que han hecho de mi hermano.

Encap. Le educaron de manera
que no supiese quién era.

Capitan. Y han hecho de él un villano?

Encap. No sinó un hombre leal,
que no sabiendo quién es
no tiene ódio ni interés
contra la raza rival.
Un hombre que os constituye
con los Rojas en concordia.
Un hombre en quien la discordia
de vuestras razas concluye.
Y hombre de alma tan templada
y de mano tan ligera,
que de la vuestra pudiera

volver á arrancar la espada.
pitan. ¿Sois...
cap. No: es en vez de un villano
un Revuelta caballero
que á una Rojas, nó el primero
si el mas leal, dió su mano.
pitan. ¿Está unido en matrimonio
con una Rojas?
ap. Que le hace
muy feliz.
pitan. Pues ese enlace
le ha de haber hecho el demonio.
ap. El fué: mas de Dios en nombre:
Dios un diablo envió á la tierra,
vuestra fratricida guerra
para acabar en ese hombre.
Don Lope casó á su hermana
con don Miguel vuestro hermano,
para ahogar vuestro ódio insano
en aquella union cristiana.
Es un lazo hecho ante Dios;
los hijos que nazcan de él,
nacerán de ódio sin hiel,
mejores que Lope y vos.
pitan. Tánto á don Lope mentais,
que por lo que se barrunta,
el tal don Lope es la punta
que mas por coger bregais.
¿Qué es de él? Acabad.
p. Ha muerto
para el mundo, Capitan;
y aunque ámplio perdon le dán,
que vuelva á luz es incierto.
Don Lope absuelto no puede
ser, si no se reconcilia
con vos, de ódio de familia
sin que átomo alguno quede.
tan. Por vos vencido, acepté

las condiciones impuestas
allí: más nuevas son estas
que cómo tomar no sé.

Encap. Tomadlas como cristiano;
Capitan; y solo así
podrá comprenderme aquí
vuestro corazon mundano.

Capitan. Hablad, pues.

Encap. (*Bajando al proscenio.*) Oidme todos:
Lope de Rojas forzado
tomó eclesiástico estado:
mas por por tan bárbaros modos
vejado fué y perseguido
por un partido contrario,
que un dia tiró el breviario,
y tomó espada y partido.
Y no hay nada que mas vil
y sanguinario al hombre haga,
ni hay peste, tósigo ó plaga
como la guerra civil!
Los mas nobles caballeros
al ir en bandos partidos,
se transforman en bandidos
y andan como bandoleros.
La guerra civil maldita
quita el juicio al mas prudente,
torna en fiera al que es valiente,
hijos á la patria quita;
pervierte las almas buenas,
corrompe los corazones,
envenena las pasiones
y hace de los hombres hienas!
Lope de Rojas lanzado
en ella por ódio ruin
de familia, fué por fin
por el Papa excomulgado.
Mas un dia se espantó
de sí mismo: y penitente,

paz perpétua entre su gente
á establecer se obligó.
El oro, que ya le sobra,
emplea un templo en hacer;
vos habeis podido ver (*Al Capitan.*)
allá en Portugal su obra.
Mas no puede en sociedad
volver á ocupar su puesto,
si deja en su raza el resto
mas leve de enemistad.
Si vos, corazon mundano,
vaso de ódio y de altivez,
no comprendeis esta vez
su modo de obrar cristiano,
yo, que por él os vencí,
y la mano os desarmé,
desarmado os llevaré
mientras vivais tras de mí.
Y si vuestra enemistad
dura lo que vuestra vida,
que Dios á vuestra alma pida
cuentas en la eternidad!
¿Perdonais?

[Ca]pitan. Sí: porque al cabo,
segun sois de pertinaz,
creo que sereis capaz
de venderme por esclavo.

[E]l cap. (*A Juan.*)
A vos, mozo: Dios testigo
fué del pacto entre los dos:
ved lo firmado por vos,
(*Le dá un escrito.*)
y ved si os venís conmigo.

J[ua]n. (*Lée.*) «Por el dote de doña Ana
»que recibo hoy de un estraño,
»me obligo de hoy en un año
»á ir á tierra lusitana
»y de un templo de Coimbra

»la imaginería á hacer,
»cuando estén para poner
»á su bóveda la cimbra.»

Juan. }
Ana. } Oh!

Encap. Capitan, vuestra mano.
La espada os va á ser devuelta
por don Miguel de Revuelta
y Rojas.

Capitan. ¿Sois vos mi hermano?

Encap. No, Capitan.

Capitan. ¿Pues quién?...

Encap. Ese,
el marido de doña Ana
Rojas de Revuelta, hermana
de don Lope: y porque cese
el público puntas y hojas
de recoger y dar vueltas
entre Rojas y Revueltas,
yo soy don Lope de Rojas.
(*Se quita el antifaz y cae el telon.*)

FIN.

NOTA. El papel de ***Mariposa*** fué escrito por el autor para FABIANA GARCIA, pero á causa de la enfermedad que hace tiempo tiene á esta actriz alejada del teatro, se brindó graciosamente á desempeñarle la Sra. BAENA de BURON.

.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Gar-
.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata mujer.—Genoveva.—
n capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillelmo
mo Tell.—Guzman el Bueno.—Gracias de Gedeon.—Garras del diablo, *zar-*
ultramarinos.
adie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Herna-
stellano —Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del ava-
ente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—Hijo
jo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien —Hom-
bre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—Hombre
re feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Honoria.—Hon-
-Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.—Hombre propone.—Hija

nes.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Ga-
amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de la
urió Napoleon.
draque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan
de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Vero-
nta Gadea.—Justicia aragonesa.—Juan el tullido.—Juego de la gallina ciega.
naval.—Lázaro ó el pastor.—Lealtad de una mujer.—Libelo.—Loca de Lón-
ida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio
-Luis onceno.—Llueven bofetones.—La pasion y muerte de Jesus.—Los dos
.—Luis y Luisito.
Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crímen.—
de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—
larina.—Marido de mi mujer.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massa-
llegar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó
noleto.—Matilde —Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—
linarias.—Mejor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un co-
s de un padre.—Mentir con noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios
y mi mujer.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi Secretario y yo.—
drid.—Mi tio el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de
lades de Hernan-Cortés —Muérete y verás.—Mujer de un artista.—Mujer gaz-
terata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de cien doncellas.—Maestro de es-
o de baile.—Mancho, piso y quemo.—Mesa giratoria.—Martirios del cora-
tarde que nunca.—Matrimonio civil.
sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos —No hay mal que por
-No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siem-
iego.—Novia de palo.—Novio y el concierto —No hay vida mas que en Pa-
erano.—Nuevo sistema conyugal.—Novio de China.—Noche de Villalar.
oble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el lau-
con dos puertas.—Otro diablo predicador.—Ocasion.
ino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hi-
novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de
-Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pas-
.—Pata de Cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, 1.ª parte.—Pelo de
arte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—
ona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de
elo de París.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pre-
ta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por
licarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del ven-
libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—Primeros amores.—Primi-
Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Protestante.—Pruebas
gal.—Puntapié y un retrato.—Puñal del godo.—Por derecho de conquista.—
Principio de un reinado.—Programa de Manzanares.
tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quiero ser
e años despues.—Quien á cuchillo mata.
a carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República con-
nge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—
era ó la fortuna, etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las
berto D'Artevelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la for-
-Rueda de la fortuna, 2.ª parte.—Robert Macaire.—Rey de los azotes.—Retra-
.
el.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—
duende.—Ser buen hijo y ser buen padre.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Simon Bo-
atías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofronia.—Sola-
nero.—Solitarios, *zarzuela*.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—Soprano.—

Sotillo.—Soto.—Sotomayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.—Si te pica. vese el que pueda.—Soy yo, *zarzuela.*—Santiaguillo, *zarzuela.*—Sueños de am

Tanto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey Tigre de Bengala.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—To Too jué groma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de J za de sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte. vada.—Tutora.—Tomás el montañés.

Valeria.—¡¡Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un cab ganza de un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar celos.—Vicente Paul, ó los espósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.— apariencias.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.— Vuelta de Estanislao.—Valentin el guarda costas.—Ver para creer.—Víctima de l

Un alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafio.—Un dia de ca de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y Un novio para la niña —Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un pase Un poeta y una mujer.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un se do.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tio en Indias.—Una av los II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una d y no mas.—Una mujer generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiemp no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.—Ultima calaverada.—Una p go.—Una noche y una aurora.—Union liberal.—Un pie y un zapato.—Un error fr no se qué.—Un drama de familia.—Un noble de nuevo cuño.—Un tenor, un ga sante.—Zaida.—Zapatero y rey, 1.ª parte.—Zapatero y rey, 2.ª parte.

OBRAS.

Fígaro: cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografía, 100 rs
Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.
Astronomía de Arago: un tomo, 14.
Poesías de **D. José Zorrilla:** se venden coleccionadas y por tomos.
—— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografía: un t
—— de **D. Tomás Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.
La Azucena silvestre por **D. José Zorrilla:** un tomo, 10.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo
La Isla de Cuba considerada económicamente, por el Sr. D. Ramon Pas tra, Intendente que fué de la misma: un tomo en 4.º, 12.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.
Composiciones del Estudiante, en verso y prosa: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
Memorias del príncipe de la Páz: seis tomos, 70.
Arte de declamacion, por Latorre, un folleto, 4.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 700 producciones, de las que se han formado:
12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina.**
80 idem del **moderno español.**
40 idem de idem **estrangero.**

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid en la librería de la Viuda é Hijos de D. José Cuesta Carretas.

Y en Provincias en las principales.